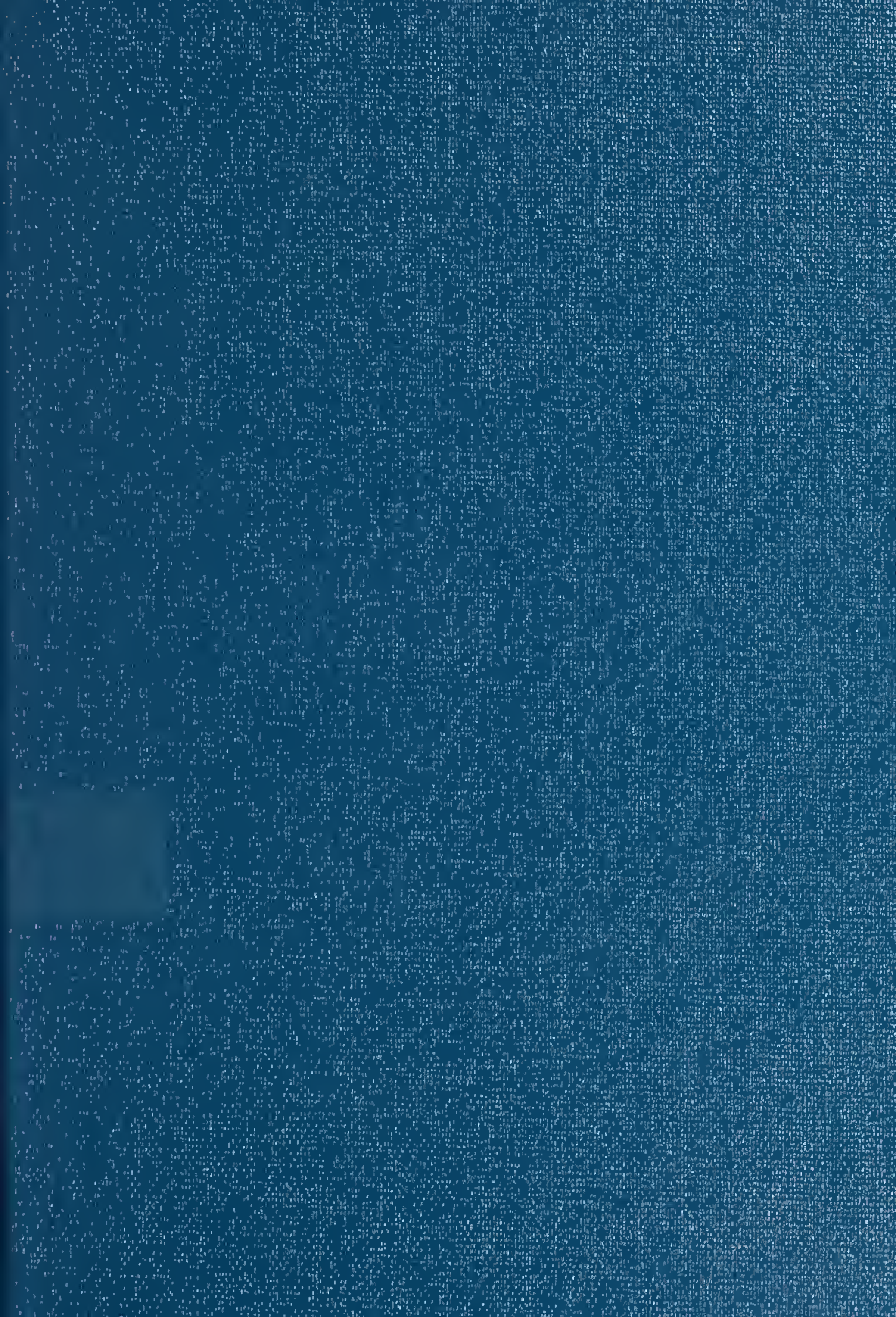
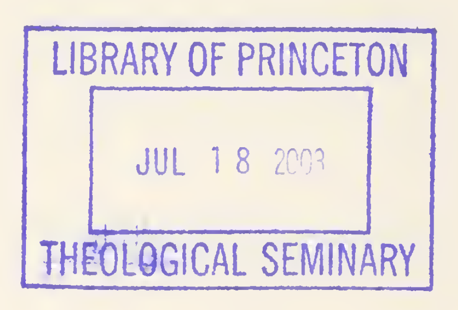




Revista Teológica

Publicación Trimestral de Teología y Homilética Luterana

Redactada por la Facultad del Seminario Concordia

Editor: Fr. LANGE

CONTENIDO:

Página

Publicado por La Junta Misionera de la Iglesia Evangélica Luterana Argentina

Año 6 **Tercer Trimestre - 1959** **Número 23**

Revista Teológica
Publicación Trimestral de Teología y Homilética Luterana.
Redactada por la Facuitad del Seminario Concordia.
Editor: Fr. Lange.

Núm. 23 | Tercer Trimestre - 1959 | Año 6

ESTUDIOS SOBRE EL CATOLICISMO

Cuando los católicos romanos actualmente quieren defender sus enseñanzas contenidas en la mariología romana, ellos necesariamente se ocupan también de "Las fuentes que contienen la Doctrina acerca de María".

En su libro, *Los Errores Protestantes sobre la Santísima Virgen María*, (Obra de Don Bosco, Bs. As. 1949), el autor Demetrio Licciardo S.D.S., habla del papel que desempeña la razón humana en la cuestión de la teología. Dice:

"Nada puede inventar la razón humana tanto sobre éste como sobre ningún otro tema cuyo conocimiento se adquiere solamente por la revelación de Dios. El oficio de la razón respecto a estos acontecimientos, consiste en tomar los datos de la revelación y estudiarlos, sistematizarlos, relacionarlos, ilustrarnos, explicarlos, defenderlos. Las construcciones puramente subjetivas que pretenden realizarse sobre el contenido del dato de la revelación, prescindiendo de la misma y sin su guia e iluminación, no poseen garantía ninguna de certeza respecto a la verdad objetiva de aquel contenido; así como no la poseen las construcciones intelectuales contruídas subjetivamente al margen de la realidad objetiva de las cosas, del ser, en el que se halla toda la verdad y al que la inteligencia ha de ir necesariamente a buscarla, so pena de no conseguirla si así no lo hiciera.

Así como para la filosófica, tampoco para la construcción teológica, puede haber verdad, si no representa dicha construcción, una conformidad con la realidad extramental, conocida e iluminada, en el caso de la teología, por la luz que viene de la revelación de Dios". (P. 13.)

Ese autor, después de presentar, de manera acostumbrada a los católicos romanos, su posición referente a la Biblia y a la Tradición, enseña al lector el uso de la razón, que el autor emplea en el libro citado:

"Conjuntamente con la Sagrada Escritura y la Tradición en este sentido más amplio, usaremos aunque en forma muy limitada, en atención siempre a las posiciones que ocupa el protestantismo, los argumentos especulativos, de que se vale la teología, para ilustrar sus verdades. Los protestantes los rehuyen, sobre todo a los que se edifican conforme a los métodos de la teología escolástica y no les reconocen el valor que tienen; algunas veces los desprecian y otras se indisponen contra ellos; sin embargo, en muchos casos son precisamente estos argumentos los que muestran la racionabilidad y conexión de las doctrinas y si no se los descuidara, contribuirían a evitar muchos errores." (p. 25-26).

No sería de balde si consideramos aquí, separada de la cuestión de la mariología, el papel que desempeña la razón en la teología. Si, por un lado, estuviésemos convencidos de que los católicos romanos tienen razón en su manera de emplear la razón, entonces no existiría motivo para entrar en disputas sobre este punto. Si, por otro lado, no podemos aceptar la posición romana, entonces debemos poder, al menos, presentar nuestra posición sobre este problema.

En son de orientación, proponemos la siguiente ilustración para poder discernir la dirección del movimiento que aquí toma la teología:

Dios ——→ Hombre ——→ Vida Cristiana

En primer término, según demuestra esta ilustración, reconocemos que Dios comunica su mensaje al hombre, quien, por su parte, lo utiliza para llevar una vida cristiana.

Luego, para bautizar con nombres a estas dos actividades, digamos que Dios se ocupa de la *Revelación*, el hombre de la *moral*.

La primera actividad no es, ahora, objeto de nuestro estudio, sino la segunda, y en el estudio de esta actividad del hombre, nuestra atención se dirige, desde luego, a la manera cómo el hombre obtiene la revelación.

Los teólogos han usado, en esta materia, los términos: *órganon leeptikón* y también: *usus instrumentalis*. La razón viene a ser como un receptor. El carácter de la revelación divina es el de un mensaje, una comunicación. El hombre recibe esta comu-

nicación o mensaje con su mente, su razón, la cual, a su vez, ordena las acciones que él debe realizar.

Cabe notar aquí que no podemos invertir la dirección del movimiento entre Dios y el hombre, de tal manera que de la idea de que el hombre puede alcanzar a Dios para buscar el mensaje. En su estudio "*El Cristianismo Protestante*", los autores J. Dillenberg y C. Welch (La Aurora, Bs. As., 1958) dicen, bajo el título: "La fe y la decisión" (p. 40):

"Lo que estaba en juego no era una cuestión de precedencia cronológica, o psicológica sino de fundamento en una realidad específica; o el hombre, o Dios. Evidentemente la fe es solamente experimentada por el yo y hay una decisión de fe; no obstante, insistían los reformadores (Lutero y Calvino), no puede ser fabricada por el yo. Está basada en la actividad de la gracia de Dios. La fe nace, no se hace. Cuando ocurre la fe, los hombres confiesan que no es obra suya, sino de Dios, por más que ellos la hayan buscado. La persona que insiste en que la fe es la decisión individual de aceptar la misericordia que Dios le ofrece no ha experimentado aún su presencia transformadora. Aquellos que la han experimentado saben que la fuente de la fe está realmente en Dios. La oferta de misericordia de Dios no es como un objeto que el hombre toma o deja; Dios lo confronta, a la vez que obra él mismo en la decisión. Sin embargo, esto no excluye la responsabilidad y la decisión humanas."

En la vida actual conocemos todos el fenómeno de la difusión por radio. "El programa tiene su origen en la estación emisora; el receptor en la casa, recibe la comunicación y la transmite con sonidos que los escuchas en la pieza pueden entender. Nosotros los hombres somos los receptores. De Dios recibimos el mensaje. Lo transmitimos en palabras y hechos, en vida cristiana, de tal manera que nuestros vecinos vean "nuestras buenas obras y glorifique a nuestro padre que está en los cielos".

Las ondas desde la emisora tienen que alcanzar al receptor; éste es el movimiento, y no viceversa. Si nuestro radio funciona bien, reproducirá fielmente el mensaje original. Este es el papel que desempeña nuestra razón en cuanto a recibir la comunicación de Dios.

El receptor no tiene juicio sobre el programa. De esto hablan los teólogos cuando dicen que la razón no es un *órganon*

kritikón, o también, que no hay *usus rationis magisterialis*. Por vieja que sea nuestra radio y por experiencias que haya tenido, no llega a tener la facultad de juzgar el programa difundido.

Cierto es, cuando no funciona bien, puede fallar al transmitir todos los sonidos y los escuchas quedan perplejos; o puede, por varias causas, reproducir sonidos ajenos y el escucha, disgustado apaga el aparato. Cuando sucede cosa semejante, el escucha no carga la culpa a la estación emisora, sino que lleva su aparato al taller para la debida reparación.

Por supuesto, la reproducción de la revelación divina no es cosa mecánica, sino es cosa de vida, de la nueva vida del regenerado. El cristianismo no es un mero mecanismo. Su capacidad es mucho mayor; él es un ser racional. El puede, por ejemplo, recibir el mensaje en inglés o alemán y traducirlo en castellano. Para hacer esto, es necesario que entienda los idiomas usados y el sentido del mensaje. En realidad, este es su trabajo, el trabajo de testigo, "a fin de que manifestéis las excelencias de aquel que os ha llamado de las tinieblas a su luz maravillosa", como dijo San Pedro.

En el caso de que el creyente no comprenda el contenido o propósito del mensaje en particular, no hemos de insistir en que el tampoco puede transmitirlo. Estos casos nos demuestran las imperfecciones en los cristianos, pero de ninguna manera comprueban la falta de veracidad, y propiedad del mensaje divino.

Ahora bien, en la materia de la mariología, el autor Demetrio Licciardo quiere defender el papel que la Iglesia Católica Romana se arroga en el asunto de la reproducción del mensaje, a saber:

"El (Jesucristo) depositó su revelación entera en manos de un magisterio vivo y proveyó a su conservación íntegra y pura, dotando a este magisterio de la infalibilidad en la enseñanza de la doctrina revelada". (p. 16).

Luego, ese autor sigue con uno de sus argumentos especulativos:

"Si N. S. Jesucristo quiso que su doctrina llegase íntegra e invariable a todos los hombres de todos los tiempos y que una fuese la fe de todos aquellos que habían de creer en El, como en realidad lo quiso, no pudo abandonar sus enseñanzas a la interpretación privada y subjetiva, de la cual surgen necesariamente

tantas doctrinas, cuantas son las inteligencias que las meditan". (pp. 16-17).

Y ¿cuál será la conclusión? El católico romano dice que es esta: "La Iglesia pues, es Madre y Maestra de los fieles en materia de fe y costumbres". Lo que la Iglesia Romana, así lo hemos de entender, enseña ahora, esa es la Palabra de Dios, "La Iglesia, es depositaria de la revelación; a ella, le ha sido entregada para conservarla, custodiarla y predicarla; "propio de la Iglesia, es el juzgar del verdadero sentido e interpretación de las Escrituras" Concilio de Trento, Cfr.: Denzinger-Bannwart, 786; Concilio Vaticano, íd. 1788), dada la positiva voluntad de Cristo, que no solamente así lo ha establecido, sino que ha provisto, además. por medio de la infalibilidad que le otorgara, el fiel y provechoso cumplimiento de esta misión". (p. 162).

De allí, el católico romano afirma que "la Iglesia, no solamente nada añade o quita a la Palabra de Dios, sino que no puede añadir o quitar nada. La voluntad de N. S. Jesucristo vela positivamente por la integridad de su doctrina. La Iglesia tan sólo custodia santamente esa palabra y la expone fielmente, de lo cual surge el desarrollo normal y legítimo de la misma" (p. 19.20).

Si preguntamos si el dogma de la asunción de María es palabra de Dios, el católico romano nos dice, positivamente, que sí. A pesar de que la Biblia no dice nada de esto, a pesar de que la antigua tradición guarda silencio, sin embargo, la iglesia actual enseña este dogma, y lo que la Iglesia enseña, eso es la palabra de Dios.

Todo esto está encuadrado en el marco de las deificaciones de que se ocupa la Iglesia de Roma. Aquí se toma la palabra de hombres y la convierte en palabra divina. El papel de la razón, entonces, no es sólo el de transmitir la palabra revelada y escrita, sino que también incluye el "desarrollo normal y legítimo" de esa palabra, de tal manera que las palabras del magisterio actual decretadas en forma de dogma se convierten en palabras reveladas de Dios.

Para eliminar el elemento de posibles errores, se cuidan de asegurar que esta facultad proviene del Espíritu Santo. El inspira a la Iglesia pero no inspira privadamente. Si los protestantes quieren alegar la inspiración privada del Espíritu Santo, el católico

romano contesta: "Esta inspiración de hecho no se da" (p. 17). ¿Por qué no? El católico romano contesta: "Si el Espíritu Santo verdaderamente inspirase a cada uno el sentido recto de las Sagradas Escrituras, esta diversidad en la interpretación (entre los protestantes) de las mismas no podría suceder, ni hubiera jamás sucedido" (p. 17).

Volvemos a invocar el ejemplo de los receptores de radio, y podemos imaginar la siguiente situación: Del receptor Nº 1 escuchamos a cierto orador y nos parece que se habla en castellano, pero sin la menor duda sabemos que escuchamos también palabras en portugués. La emisión de LR1 y la de cierta estación de Brasil se confunden y decimos que el aparato no está bien sintonizado, pues escuchamos dos estaciones a la vez.

En otro caso, el aparato Nº 2 sintonizado en la misma estación, LR1, nos transmite unas cuantas palabras del orador, pero luego se alternan ciertos ruidos molestos y más palabras, pero el mensaje no da un sentido claro. Sucede, porque justamente en este momento la ama de casa está usando la máquina de coser y de allí provienen los ruidos que molestan.

En una palabra, no buscamos la falla en la emisora LR1, sino que examinamos nuestro receptor; la falla está allí mismo en casa.

El argumento católico romano da por sentado y nos quiere hacer creer que los receptores están todos funcionando perfectamente bien, pero sabemos que el programa sale mal. Deducimos, por lo tanto, nos dicen, que no puede ser que la estación RL1 está difundiendo su programa a estos dos receptores a la vez. La enseñanza que sale de dos protestantes es diferente en ciertos puntos, por lo tanto el Espíritu Santo no inspira privadamente.

El católico romano nos invita, entonces, a escuchar su receptor, de fabricación romana, y del programa sintonizado salen claras y comprensibles las palabras. "Ved", nos dicen, "allí lo tenéis; pero bueno y perfecto". Pero, le ocurre a uno consultar el horario de programas de LR1 a esa altura de los sucesos, para saber qué programa estaría difundiendo, y se asegura que ahora corresponde cierta sinfonía. El vuelve a la pieza y pide permiso al católico romano para examinar un poquito este magnífico receptor, y apenas levanta la tapa, él encuentra que está tocando un disco.

Consultamos en la Biblia, cuál es el programa que difunde Dios, y luego, escuchamos otra vez el receptor del católico romano, y ciertamente vamos a encontrar que éste toca un disco y difunde un mensaje de la actualidad, preparado en Roma.

E. J. K.

DOCTRINA CATOLICA DEL SACRIFICIO EN LA EUCARISTIA

La doctrina oficial de la Iglesia Católica con respecto al sacrificio en la Eucaristía como también en la Misa fué concretada en la Sess XXII, cap. 1 y 2 del Tridentino.

Capítulo I

.. Por cuanto con su muerte (la de Cristo) su sacerdocio no debía extinguirse, y a fin de dejar a su amada esposa, la Iglesia, un sacrificio visible, tal como lo exige la naturaleza de los hombres, con el cual (sacrificio) quedaría representado aquel sacrificio cruento que se efectuó una sola vez en la cruz, y para que la memoria de él permaneciese hasta el fin de los siglos, y su poder salutífero fuese aplicado a la remisión de los pecados que nosotros cometemos diariamente, Cristo se declaró en la última Cena, en la noche en que fué entregado, como Sacerdote según el orden de Melquisedec, y ofreció a Dios Padre su cuerpo y sangre en las especies de pan y vino.

Capítulo II

Y por cuanto en ese sacrificio divino que se ofrece en la Misa está contenido y es incruentamente inmolado aquel mismo Cristo que en el altar de la cruz se ofreció a sí mismo por una sola vez de modo cruento, el Santo Sínodo enseña:

Que aquel sacrificio (en la Misa) es en verdad propiciatorio, y por virtud de él obtenemos misericordia y hallamos gracia para ayudarnos en tiempo oportuno, si acudimos a Dios con corazón sincero y fe verdadera, con temor y reverencia, contritos y arrepentidos. Además, aplacado por esta oblación, el Señor concede su gracia y el don del arrepentimiento y perdona crímenes y pecados, aun los muy graves. Pues la víctima es una y la

misma, y el que ahora nos ofrece (sus dones) mediante el servicio de los sacerdotes, es el mismo que entonces se ofreció en la cruz; sólo es distinta la forma en que se hace el ofrecimiento. Ciertamente, los frutos de aquel sacrificio, es decir, del sacrificio cruento, se reciben en rica abundancia mediante ese sacrificio incruento; el incruento está muy lejos de rebajar en modo alguno al cruento. Por esto, según la tradición apostólica, (el sacrificio incruento) es ofrecido con toda razón no sólo por los pecados, castigos, satisfacciones y otros menesteres de los fieles vivientes, sino también en bien de los que han muerto en Cristo y no han sido aún plenamente purificados.

Del mismo tenor son las palabras de Deharbe en el Gran Catecismo Católico, quien a la pregunta: "¿Debió cesar todo sacrificio con la muerte de Jesús?" contesta con: "No, pues también en la Nueva Alianza debía haber un sacrificio perenne y perpetuo que representase el de la cruz y nos aplicase sus frutos."

Para demostrar la diferencia entre el sacrificio de la Misa y el sacrificio de la Cruz, se insiste en este catecismo: 1) en que por el sacrificio de la Cruz el mundo quedó redimido para siempre y que se dió sobreabundante satisfacción por los pecados de todo el género humano, citando Hebr. 9,26-28. Por eso afirma que el sacrificio de la Misa no fué instituído por Cristo porque después del sacrificio de la Cruz quedase por completar algo para satisfacer plenamente por los pecados del mundo, sino para que "por este sacrificio fuese representado el sacrificio cruento de la Cruz, y su memoria durase hasta la consumación de los siglos" (Trento). Después agrega: 2) "El santo sacrificio de la Misa es una renovación real y positiva e incruenta del mismo sacrificio . . El sacrificio de la Misa es, pues, verdadera y propiamente un sacrificio . . La Misa es efectiva y esencialmente el mismo sacrificio de la Cruz renovado en nuestros altares." A la pregunta ¿Con qué fines ofrecemos a Dios la santa Misa? se da la respuesta: "La ofrecemos como sacrificio de alabanzas, de acciones de gracias, de expiación y de propiciación;" y después, refiriéndose otra vez a la diferencia entre ambos sacrificios (el de la Cruz y el de la Misa) se detalla: El sacrificio de la Cruz fué ofrecido para nosotros, es decir, en nuestro favor; en el sacrificio de la santa Misa somos *nosotros* los que le ofrecemos . . Por consiguiente, el sacerdote en el altar no es solamente lugarteniente

del Sacerdote Eterno, Cristo, que se sirve de él como instrumento vivo para ofrecerse al Padre eterno, instrumento sin el cual no podía ofrecer este sacrificio, sino que también es el lugarteniente de la Iglesia, en cuyo nombre y por cuyo encargo ofrece este misterioso y augusto sacrificio al Altísimo. Cristo satisfizo por los pecados de todo el mundo . . . Pero con mucha frecuencia la abundancia y la gravedad de nuestras culpas frustran las intenciones de la bondad y misetricordia divina y en algún modo ponen obstáculos a que las fuentes del Salvador derramen sus gracias, y excitan al Altísimo a imponer sin dilación merecidos castigos a nosotros, pecadores impenitentes. Era, pues, de desear que pudiésemos, mediante el santo sacrificio de la Misa, reconciliarnos con el Padre celestial y pedirle que se mostrase misericordioso para con nosotros en vista de este sacrificio incruento de su amado Hijo, y que quisiese concedernos benignamente. las gracias que El nos mereció mediante el sacrificio de la Cruz, aceptando con bondad la satisfacción que Jesús ofreció por nosotros." Deharbe, Gran Catecismo Católico, 1895.

Estas tesis se basan sobre la premisa: Por cuanto el sacerdocio de Cristo debe ser perenne, también debe haber un sacrificio continuo; y donde hay un sacrificio, debe haber también un sacerdocio. Así escribe Moehler en la segunda mitad del siglo pasado: "Cristo dispuso lo necesario para que el único y eterno sacrificio, que ofreció en la Cruz para la reconciliación, fuese conservado eternamente para el mundo; lo hizo de tal manera que en la noche en que fué entregado, instituyó el sacrificio de la Misa y dejó en él para su iglesia la forma con que el sacrificio cruento presentado una vez en Gólgota, sea representado, repetido y renovado. Pues con las palabras: "Haced esto en memoria de mí," él ordena que, como en aquella noche sacrificó su cuerpo y su sangre en pan y vino de una manera incruenta, también posteriormente tal sacrificio sea ofrecido a Dios. La iglesia lleva a la práctica esta orden en el sacrificio de la Misa." Moehler explica esta interpretación suya del Sacrificio afirmando que aquel sacrificio en la cruz forma con toda la vida de Cristo en la tierra, su actividad y su pasión y su condescendencia continua con nuestra pobreza e indignidad en la eucaristía un solo gran acto sacrificial, que consiste en varias partes, pero de tal manera que ninguna de ellas es por sí sola el sacrificio propiamente dicho.

Esta última idea gana terreno últimamente en la teología católica. Ya no se usan los términos 'repetición' y 'renovación', sino solamente la 'representatio', que Alois Beck, (en: "La Santa Misa", explicada según la encíclica Mediator Dei, de Pío XII, Barcelona, Editorial Herder, 1959) traduce con "actualización". El Papa se expresa en aquella encíclica de este modo: "Aquella inmolación incruenta, en que por la pronunciación de las palabras consagratorias Cristo en el estado de la víctima es actualizado sobre el altar, es realizada únicamente por el sacerdote mismo como él sostiene (sustinet) en sí la persona de Cristo, pero no como representa (gerit) la persona de los fieles". Los más radicales representantes de esta interpretación del sacrificio en la misa, que niegan rotundamente las ideas de una repetición incruenta del sacrificio de Cristo en la misa, son el Benedictino Odo Casel y el Dominicano M. Schmaus. Según su interpretación no se repite el sacrificio en la cruz, realizado una sola vez, sino su signo sacramental, con que aquella inmolación histórica se hace una realidad presente. Lo que se repite no es el sacrificio de la Cruz sino su actualización (repraesentatio). Estos teólogos no consideran el culto sacrificial de la misa como un sacrificio que se agregaría al sacrificio de Cristo, sino como el único sacrificio mismo de Cristo, actualizado en el presente. Lo que la iglesia o los cristianos podrían agregar sería su entrega, su obediencia total con que se identifican con el sentimiento de Cristo, entrando, por decirlo así, el sacrificio de Cristo.

Al estudiar la explicación de la "Santa Misa" de Alois Beck, que se basa en la encíclica del Papa XII "Mediator Dei," observamos que el Papa no es un incondicional partidario de esta terminología cautelosa, porque no renuncia a los términos "renovación" y "repetición" pues Alois Beck escribe: "El verdadero fin de la Misa es la renovación incruenta del Sacrificio de la Cruz y su ofrecimiento a Dios... Así pues, mediante un acto exteriormente visible, se ofrece de nuevo al Padre celestial el Cuerpo y la Sangre de Cristo... El Redentor nos exhortó expresamente a la renovación incruenta del sacrificio de la cruz, diciendo: "Haced esto en memoria de mí." Después cita textualmente la encíclica sobre la liturgia: "Los fieles deben ofrecer aquel sacrificio junto con Cristo y entregarse a sí mismos, juntos con El." En otro pasaje de la enciclica se autoriza de nuevo el

término "renovación", pero se da a entender cómo interpreta la teología oficial de Roma este término, al decir: "No es, pues, la mera memoria de la Pasión y Muerte de Jesucristo, sino un verdadero acto de sacrificio, en el cual, el Sumo Sacerdote divino renueva, mediante su Sacrificio, incruento, lo que ya hizo en la cruz ofreciéndose a Sí mismo al Padre Eterno como el Sacrificio más agradable. Una misma Víctima y un mismo Sacerdote es el que ahora se ofrece por medio de su ministro y el que se ofreció en la cruz; sólo ha cambiado la manera de realizar dicho Sacrificio." Aquí tenemos la doctrina oficial de la Iglesia Católica en la actualidad, y Alois Beck lo sintetiza bajo la aprobación de sus superiores de la manera más concisa comentando este pasaje: "El Sacrificio de la Cruz y el de la Misa son, pues, idénticos en su esencia; pero no lo son en la forma externa de ofrecerse. La Santa Cena, el Sacrificio de la Cruz y la Santa Misa se distinguen por la forma externa con que se presentan visiblemente a las criaturas, pero constituyen una misma realidad en cuanto a su esencia. En su substancia intrínseca y esencial, La Santa Misa no es otra cosa que la *renovación incruenta, pero verdadera, mejor dicho, la actualización del Santo Sacrificio de la cruz en el Gólgota"* (subrayado por mí); "de tal forma, que en la Santa Misa no tenemos un sacrificio junto con el sacrificio de la Cruz, sino que poseemos este uno y único Sacrificio."

Queda pues como doctrina irrevocable lo establecido por el Concilio de Trento, que la misa es un verdadero sacrificio con fuerza expiatoria e impetratoria. Pero el acento se ha corrido de un modo significativo. Ya no se habla de "nuestro sacrificio" sino más bien de "Tu sacrificio", el sacrificio de Cristo que se actualiza (repraesentatio) en la misa. Lo que nosotros sacrificamos, es nuestra entrega y obediencia con que acompañamos este sacrificio "uno y único".

Tal terminología cautelosa y, en gran parte nueva, impresionó a grandes sectores de iglesias evangélicas, particularmente a las tendencias de renovación litúrgica que adoptan ampliamente esta doctrina del Sacramento del Altar como sacrificio que se actualiza en el presente. Tanto más debemos poner énfasis en lo que es el sacrificio de Cristo según Hebr. 10,10, que por eso en la Santa Cena no se trata de un continuo sacrificio, o una actualización de aquel sacrificio consumado, sino de la reparti-

ción de los frutos de aquel sacrificio, que nos son comunicados y garantizados, cuando Cristo nos da su cuerpo y su sangre y nos consuela con sus palabras: "Dado y derramado por vosotros para la remisión de los pecados."

F. L.

JESUCRISTO, SEÑOR DE LA IGLESIA

I. — LA GOBIERNA

Estamos viviendo en tiempos turbulentos (tiempos que parecen presagiar la proximidad del Día del Juicio); tiempos de constante inquietud, llenos de violencia y luchas por obtener poder; tiempos de revoluciones, guerras, contiendas ideológicas y conquistas internacionales; tiempos de continuas luchas entre las clases sociales, entre una raza y otra, entre la ley y el crimen, el capital y el trabajo, la religión y el ateísmo.

En realidad sólo existen dos partidos: Dios y el diablo; el cielo y el infierno; los ángeles malos y los ángeles buenos; los creyentes y los incrédulos; el bien y el mal; la justicia y la maldad; el amor y el odio; la verdad y la mentira; la iglesia y el ateísmo; la fe salvadora y la fe falsa; la sinceridad y la hipocresía.

Esta lucha es tan antigua como el mundo. Después de la Caída, tal parecía que la antigua Serpiente había triunfado; pero la Simiente de la Mujer, destinada a triunfar, destruyó las obras del diablo y llegó a ser y aún es el eterno Conquistador y Señor. Dios es el Vencedor. Somos del partido que vencio, del partido de Dios, y el Señor es por nosotros, Sal. 27:1; 118:6; Rom. 8:31. Este Señor es el verdadero Señor y Maestro. Jesucristo es el único Señor de la Iglesia.

Jesucristo Rige y Gobierna a la Iglesia Ahora y Para Siempre

¿Quién es Jesucristo? Es el Hijo de Dios, la Segunda Persona de la Santa Trinidad, verdadero Dios y verdadero Hombre, nuestro ungido Salvador. Hay una lucha furiosa y continua acerca de la personalidad de Cristo.

Todo depende de una comprensión correcta de su persona. Muchos le dan jarabe de pico, como se dice popularmente, pero

en realidad lo rechazan. El es más que un gran hombre, maestro o ejemplo.

Jesucristo es verdadero *Dios*, Hijo de Dios el Padre, I Juan 5:20; Juan 20:28; Mat. 17:5; Rom. 9:5. Jesucristo es *eterno*, Juan 1:1-2; Heb. 13:8; *omnipresente*, Mat. 28:20; 18:20; *omnisciente*, Juan 21:17; 3:25; Mat. 9:4; 21:18-19; 26:34; *omnipotente*, Mat. 28:18; Juan 1:3; Heb. 1:3. Sus atributos divinos y sus obras divinas prueban su deidad, Mat. 9:6; Juan 5:27; 5:23; Heb. 1:6; Apoc. 5:12-13.

Jesucristo es también verdadero *hombre*. La Escritura le llama hombre; tiene cuerpo y alma y sentimientos humanos. Fué concebido por el Espíritu Santo y nació de la virgen María; por consiguiente, nació sin pecado; el ángel le llama "lo Santo", I Tim. 2:5; Luc. 24:39; Mat. 26:38; 1:21 (Isa. 7:14); Luc. 1:35. Este Jesús tiene dos naturalezas, la naturaleza divina y la naturaleza humana, Juan 1:14; Isa. 9:6.

Jesús se encarnó para poder salvar del pecado, mediante su vida perfecta y su inocente Pasión y muerte, a todo el género humano, I Juan 1:7; Juan 1:29; 2 Cor. 5:21; Isa. 53:4-5; I Tim. 1:15; Mat. 18:11; I Juan 2:2; 2 Cor. 5:15. Cristo nos redimió de la maldición de la Ley, Gál. 4:4-5; 3:13; de la esclavitud del pecado, I Ped. 2:24; del temor a la muerte, Gén. 3:15; I Juan 3:8; Heb. 2:14. Recibimos todo esto mediante la fe en El, sin nuestras obras, Gál. 12:16.

Estas Buenas Nuevas, el Evangelio salvador de Jesucristo, deben ser predicadas a todo el mundo, a todo ser humano. Dios el Espíritu Santo, la Tercera Persona de la Santa Trinidad, que desde la eternidad procede del Padre y del Hijo, obra la fe en el corazón del hombre mediante los medios de gracia, el Evangelio y los dos sacramentos: el Bautismo y la Santa Cena. Mediante la Ley el Espíritu Santo declara al mundo convicto de pecado. Rom. 3:20; Juan 16:8-11; Sal. 51:5; Juan 3:6; Rom. 7:18; Efe. 2:1-3; Rom. 8:7; 6:23; Mat. 15:19. Sólo el Evangelio obra la fe salvadora, regenera, da vida espiritual, convierte, Rom. 1:16; Juan 3:15; 6:40; 5:24; Efe. 1:4-7; 2:4-10; 1 Tim. 1:15; Juan 11:25; Mar. 16:15-16; El bautismo obra la fe, y aun a los niñitos hace hijos de Dios, Gál. 3:26-27; Hech. 2:38; Juan 1:12. Todo esto es de pura gracia, de la bondad de Dios que no hemos merecido, de su favor gratuito, Efe. 2:8-9. Por el

Espíritu Santo nacen de nuevo los hombres, son regenerados, llevados a la vida espiritual, mediante el bautismo, Juan 3:5-6. Al bautismo se le llama el lavacro de la regeneración y renovación del Espíritu Santo. Todos los hombres necesariamente tienen que nacer de nuevo, pues nadie puede decir que Jesucristo es *el Señor*, sino por el Espíritu Santo, 1 Cor. 12:3; Tito 3:5. El segundo sacramento, la Santa Cena, sostiene, alimenta y aumenta nuestra fe en Jesucristo, nuestra vida espiritual, cuando con el pan y el vino comemos su cuerpo y bebemos su sangre, dado y derramada por nosotros para la remisión de pecados. En Jesucristo tenemos redención por su sangre, la remisión de pecados. De este modo nos hacemos miembros de *su iglesia*, su reino de gracia, Col. 2:12-14.

Ahora estamos preparados para dar una definición clara del término "iglesia" según lo usamos aquí. Por "iglesia" entendemos todos los creyentes verdaderos en el Dios verdadero, cristianos sinceros, hijos verdaderos del Dios Trino, que adoran y aman a Jesucristo como a su Salavdor y Redentor, Señor y Rey. Forman la iglesia sólo los creyentes verdaderos, que son piedras vivas y que están edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo, Efe. 2:19-22; 1 Ped. 2:5; Efe. 5:25-27; 1 Cor. 3:11. La iglesia está edificada sobre Cristo, la Roca de la Eternidad. El mismo la edifica, pues dijo (Mat. 16:18): "Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi iglesia; y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella". Pero no es Pedro el *hombre* la roca del fundamento de la iglesia —¡no lo permita Dios!— sino la doctrina del Evangelio que Pedro acababa de confesar cuando dijo a Jesús (Mat. 16:16): "Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente". A lo que Cristo contestó: "Tú eres *pétros*, y sobre esta *pétra* edificaré mi iglesia". Esta *pétra* es la confesión del Evangelio de que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios. Por consiguiente, el Evangelio, Jesús mismo, es el fundamento de la iglesia, de modo que las puertas del infierno, las fuerzas bélicas más furiosas del infierno, no podrán derrumbar la iglesia, el reino de Jesucristo. Cf. Filip. 2:9-11 y Efe. 1:20-23. Jesús es el único Potentado, el Rey de los reyes y el Señor de los señores, 1 Tim. 6:15-16.

Ya que todos los creyentes verdaderos pertenecen a esta igle-

sia de Jesucristo, hay *una sola* iglesia, *un* solo reino de Dios. La llamamos la Una Sancta, la una santa iglesia cristiana. Por esta razón el Credo de Atanasio la llama *católica* (no con *c* mayúscula, no Católica Romana o Católica Griega), sino simplemente *universal*. O expresado en otras palabras: Cristo es la Cabeza, todos los creyentes juntos son su cuerpo. Jesús es el Esposo, toda la iglesia es la Esposa. Llamamos invisible a la Una Sancta, porque la fe que hay en el corazón de los hombres, que los caracteriza como miembros de la iglesia, es invisible al ojo mortal del hombre. Sólo el Señor conoce inequívocamente a los que son suyos, 2 Tim. 2:19.

La iglesia es *santa*, 1 Ped. 2:9; Apoc. 1:5-6. En el Credo Apostólico a los cristianos se les llama la comunión de los santos, del pueblo santo de Dios. Esta santidad es una santidad imputada, no una santidad natural. Los santos se han vestido de Cristo, 2 Cor. 5:21; Isa. 1:18; Apoc. 7:9-14; 19:6-8; Hech. 8:33-34. Todos los pecados de los santos han sido lavados con la sangre del Cordero, y por esta razón en gratitud sirven a Dios con vidas santas, Efe. 5:25-27. La iglesia ama intensamente a Jesús y demuestra ese amor intenso mediante una vida santa y buenas obras.

¿Dónde se halla esta iglesia cristiana invisible? Puesto que sólo el Evangelio produce fe, la iglesia se halla únicamente y siempre donde se usa el Evangelio, el cual jamás deja de producir frutos, Isa. 55:10-11. La palabra "iglesia" también se usa para referirse a la iglesia visible, a una congregación o a una denominación. El término "iglesia visible" se aplica a todos los que usan la Palabra de Dios y profesan la fe cristiana, aunque entre ellos se hallen también hipócritas. Jesús exige algo más que una mera afiliación con la iglesia. Jesús no aceptará a las cinco vírgenes insensatas, o cristianos fingidos, sino que insiste en la verdadera fe, 2 Cor. 13:5; Juan 8:31-32. Todos los cristianos sinceros aman a su Salvador y lo confiesan como a su Señor y Maestro. Jesús rechaza toda adoración hipócrita, Mat. 7:21.

¿Por qué Jesucristo es adorado como *Señor* de la iglesia? Porque El, además de habernos creado, nos redimió o compró con un gran precio: su vida, su preciosa sangre, 1 Ped. 1:18-19; 1 Cor. 6:20; 2 Cor. 5:15; Gál. 2:20. Con Lutero, en su ex-

plicación del Segundo Artículo del Credo Apostólico, confesamos que Jesucristo "es mi Señor, que me ha redimido a mí, hombre perdido y condenado no con oro o plata, sino con su santa y preciosa sangre, y con su inocente Pasión y muerte, para que yo sea suyo, y viva bajo El en su reino y le sirva en eterna justicia, inocencia y bienaventuranza". Jesús se llama a sí mismo Señor, da mandamientos y exige obediencia, Juan 13:12-14 16-17 34; 14:15; 15:14; Luc. 6:46.

Jesús gobierna y rige a su iglesia como Dios y Salvador. El gobierna no por medio de la fuerza, sino por medio del amor. No se necesita la fuerza, porque todos los corazones se inclinan a obedecer y toda obediencia es voluntaria. Todo servicio involuntario es indigno.

Aunque Jesús quiere tratarnos no como siervos, sino como amigos (Juan 15:15), nosotros somos no obstante sus siervos (Luc. 17:10), pero eso en realidad es libertad, Juan 8:31-31 36. Nadie puede ser más libre que los ángeles, y sin embargo pedimos diariamente en la Tercera Petición del Padrenuestro que hagamos la voluntad de Dios según la hacen los ángeles en el cielo. La iglesia se compone de personas libres, que obedecen a Cristo con el mayor entusiasmo.

La iglesia no puede vivir en una condición de anarquía: tiene que ser gobernada, y quiere ser gobernada por Jesucristo, el Rey de los reyes y el Señor de los señores, Efe. 1:20-23. Los cristianos son ciudadanos del reino más grande y más magnífico en el mundo.

Es *Jesucristo* quien gobierna la iglesia, no el apóstol Pedro, los doce apóstoles, el Papa, el clero, la jerarquía (gobierno sacerdotal), o directores de la iglesia. "Todos vosotros sois hermanos", dice Jesús, dando a entender que nadie debe ser llamado padre (espiritual), rabí, o maestro, porque Jesús mismo es nuestro único Maestro, Mat. 23:8-10; Gál. 5:1. A los cristianos se les pide que permanezcan firmes en esta libertad espiritual. Las asambleas eclesiásticas son necesarias para hacer decisiones mediante el voto de la mayoría, pero ellas jamás pueden gobernar las conciencias.

Pedro jamás se hizo Señor sobre los otros apóstoles, ni constituían un gobierno eclesiástico los doce apóstoles, Hech. 1:15-26, sino que dejaron que la congregación eligiera un após-

tol (o mejor dicho, candidatos) para reemplazar a Judas, dando a conocer el Señor mismo la selección. Aquí podemos hacer referencia a Hech. 6:1-7, donde se nos dice que la iglesia, la congregación, eligió siete diáconos; Hech. 15, donde se nos dice que una asamblea eclesiástica en Jerusalén decidió una disputa doctrinal, a base de la Sagrada Escritura. Según Mat. 18:15-20 un pecador impenitente, según el mandato de Jesús, debe ser llevado, no ante el clero, sino ante la congregación para recibir el veredicto final de su excomunión o su reinstalación. (cf. 2ª Cor. 2:10.)

Pedro mismo advierte a los ancianos o presbíteros que no tengan señorío sobre las congregaciones, sino más bien que se hagan dechados de la grey, 1ª Ped. 5:3. Jesús no quiere ninguna conducta dominante, dictatoria o autocrática en la iglesia. Lo que el Señor mismo no ha decidido en las Sagradas Escrituras, que lo decidan las congregaciones en sus asambleas de votantes y en sus convenciones generales, dentro del espíritu del amor, la humildad y la mansedumbre, para que todo se haga decorosamente y con orden, porque Dios no es Dios de desorden, sino de paz, 1ª Cor. 14:33.40; Filip. 2:3; 1ª Ped. 5:5. El orgullo y la conducta dictatoria no es una señal de Cristo, pues Jesús vino no para ser servido, sino para servir, Mat. 20:26-28. La tiranía y la explotación es señal del anticristo, que se conduce como si fuera Dios, 2ª Tes. 3:4.

Jesucristo rige y gobierna la iglesia mediante su Palabra, que es y permanece el criterio y la autoridad final por toda la eternidad, Mat. 24:35; Juan 12:48. Todo asunto que la Escritura no reglamenta debe ser reglamentado por los creyentes de tal modo que no riña con la fe ni con la voluntad del Señor. Ya que la Escritura rige con autoridad decisiva, debemos estudiar constantemente la Palabra de Dios para determinar la voluntad divina. Ninguna doctrina jamás debe ser decidida y establecida por asambleas o por mayoría de votos, sino únicamente por la Escritura. La Palabra infalible de Dios tiene la decisión final. La Escritura sola establece toda doctrina y decide lo que es moralmente bueno o malo, porque ha sido inspirada verbalmente por Dios el Espíritu Santo y es por lo tanto absolutamente infalible, inerrable, y una guía perfectamente fidedigna, 2ª Tim. 3:15-17; 1ª Cor. 2:13; 2ª Ped. 1:21; Juan 10:35; Juan 17:17.

Así como Jesucristo constantemente recalcó el "escrito está", y el "para que se cumplan las Escrituras", asimismo debemos repetir nosotros el "escrito está", y el "¿cómo lees?". Siguiendo el ejemplo del apóstol San Pablo, el Dr. Martín Lutero consideró de tanta importancia cada palabra de la Escritura que dijo: "Una sola Palabra de Cristo hizo que el mundo le fuera demasiado pequeño", es decir, demasiado pequeño como para huir de esa Palabra, o evadirla. Tal actitud no es fanatismo, sino fidelidad agradable a Dios, el único curso seguro (recordad a Eva y a la mujer de Lot).

Seguir la Palabra de Cristo hace a los hombres libres y constituye verdadera libertad. Sólo los hijos de Dios están libres de la horrible servidumbre al pecado, las mentiras, la muerte, el diablo, los temores y las tentaciones . . libres para dedicar su vida a Dios. Los verdaderos cristianos, ciudadanos del reino de Dios en la tierra, se sienten libres para no hacer lo que a *ellos* les place (capa de malicia), sino para agradar a su Señor y Salvador. Los cristianos se enorgullecen en servir al Señor aquí y en la eternidad. Dedicamos nuestra alma y nuestro cuerpo al servicio de El.

Jesucristo *gobierna realmente* a su iglesia, según lo demuestra viva y gráficamente el Apocalipsis, capítulos 1, 2, 3 y 22, y muchos otros pasajes del Apocalipsis, por ejemplo, el capítulo 20. En el capítulo 1 del Apocalipsis vemos al Señor en medio de las siete congregaciones representativas en el Asia Menor, velando cuidadosamente a cada uno de sus siete candeleros de oro. (Así el Señor de la iglesia vela constantemente sobre toda la iglesia cristiana, cada congregación cristiana y cada creyente.) Las siete estrellas o los siete ángeles, los pastores de las siete iglesias están en su mano derecha. ¡Qué consuelo . . . y qué advertencia!

En los capítulos 2 y 3 del Apocalipsis el Señor se dirige y caracteriza a cada congregación, diciendo: "*Yo conozco tus obras*". ¡Y *qué bien* las conoce! Según lo que El sabe —y El lo sabe todo— alaba, consuela, anima, amonesta, suplica, advierte, reprende, amenaza y llama al arrepentimiento. ¡Cuán importante es para las iglesias de la actualidad examinarse a sí mismas a la luz de estas siete cartas! El Señor aún gobierna y juzga a todas las iglesias según esa misma regla. Su constante estribillo es el siguiente: "El que tiene oído, oiga lo que dice el Espíritu

a las iglesias". Jesús estimula a las congregaciones a ser diligentes y fieles y a disciplinarse propiamente, a que conserven limpia su casa. Si ellas no lo hacen, *¡El lo hará!* Estos pensamientos se repiten y se resumen con el mayor énfasis en el último capítulo de la Biblia.

De modo que Jesucristo, como la cabeza viva de su cuerpo, la iglesia, como el Buen Pastor, realmente gobierna a su cuerpo, guía a sus ovejas, su rebaño, y rige a su iglesia por todos los siglos. El puede hacer esto con la mayor facilidad y con el mayor cuidado, porque El es eterno, omnipresente, omnisciente y omnipotente. El jura con la mayor solemnidad: "Yo estoy con vosotros todos los días, hasta la consumación del siglo", Mat. 28:20; Heb. 13:5b. Mientras este bendito y único Potentado, este Rey de los reyes y Señor de los señores, gobierna a su iglesia, también la *protege* con su gran poder. El gobierna toda la creación, todo el universo, para beneficio de su iglesia, oyendo y atendiendo misericordiosamente las oraciones de los millones de sus ciudadanos. A través de toda la Biblia, y particularmente en el Apocalipsis, se nos hace recordar cómo nuestro majestuoso Señor utiliza millones de sus santos ángeles ("millares de millares . cientos de millones", Dan. 7:10; Apoc. 5:11) para proteger y servir a su iglesia. ¡Qué hermoso consuelo!

Es verdad que a veces no comprendemos a nuestro Señor y su gobierno (Isa. 55:8-9; Juan 13:7; Rom. 11:33-36), sin embargo, en todo momento debemos mostrar una confianza filial en nuestro amoroso Señor y Salvador. Los discípulos de Jesús no podían comprender por qué Jesús tenía que *sufrir,* aún más, por qué *quería* sufrir. De igual modo los cristianos con frecuencia se preguntan por qué *ellos* tienen que sufrir en vez de gobernar gloriosamente (Mat. 20:20-23), pero Jesús explica con la mayor claridad que todo el que quiere seguirle debe llevar su cruz y padecer con El, por supuesto no para expiar sus pecados, sino para mostrar su fe y conservarla en humildad, Mat. 10:16-42; Mat. 16:24-26; Luc. 14:26-27. Triste es decirlo, pero los tiempos de opulencia son los más peligrosos para la iglesia. Antes del Diluvio el mundo gozaba a sus anchas, pero la iglesia fué reducida a una sola pequeña familia. Sodoma y Gomorra eran como un jardín, un paraíso, pero la población era tan vil que las ciudades fueron destruídas, salvándose solamente Lot y su familia, cuatro personas.

A veces parece que Jesús se olvida de su iglesia. Permite que padezca como si a El le fuera indiferente. Amargas y sangrientas persecusiones, destrucciones, encarcelamientos de los creyentes y opresiones de toda índole pueden acosar a la iglesia, hasta que la iglesia se siente completamente desanimada y totalmente desamparada. Pero notemos el hermoso consuelo del Señor, Isa. 49:14-16. La sangre de los mártires ha sido siempre la semilla de la iglesia. A pesar de casi continuas persecuciones durante los primeros tres siglos de la era cristiana, la iglesia cristiana penetro todo el imperio romano, "trastornó el mundo", en tanto que los enemigos se quejaban. A veces guerras sangrientas han habierto puertas a la predicación del Evangelio, como ha sucedido en el Japón. Después de la segunda guerra mundial y la guerra en Corea, numerosas oportunidades se han presentado a la Iglesia Luterana para empezar obra misionera en esos lugares. Las guerras y las calamidades sirven para despertar a una iglesia soñolienta y estancada. Nuestro Padre celestial permite desastres y guerras para disciplinar paternalmente a congregaciones que se hallan al borde de la corriente mundanal. Fué la Cautividad Babilónica la que quebrantó la idolatría incorregible de la iglesia judía. Cuando la iglesia cristiana primitiva "era de un corazón y de un alma" (Hech. 4:32) —cosa que de por sí era digna de alabarse— pero se olvidó de que sus componentes fueran testigos en toda Judea y en Samaria y hasta lo último de la tierra, esto es, se olvidó de evangelizar el mundo, entonces aconteció repentinamente una sangrienta persecución, como la explosión de una bomba, que hizo que los cristianos huyeran y promulgaran el Evangelio en otros países. Como resultado, la iglesia empezó a esparcirse rápidamente.

Dos guerras mundiales, a pesar de la terrible matanza de veinte millones de personas, resultó en un maravilloso esparcimiento del Evangelio. En realidad, se necesitaron dos guerras mundiales para despertar a las iglesias del letargo mortal en que se encontraban muchos feligreses que mostraban apatía y hasta oposición a la obra misionera. Algunos decían: "Basta que *nosotros* tengamos el Evangelio y podamos ir al cielo". De esta manera provocaron al Señor a ira.

Se observa, pues, que Jesucristo aunque utilice la vara, gobierna a su iglesia con sabiduría celestial y divina y la disciplina

cuando ella se deja vencer por el sueño o el ocio. De muchos de sus feligreses tiene que quejarse como se quejó de la iglesia en Sardis: "Conozco tus obras, que se te cuenta como vivo, y estás muerto", Apoc. 3:1, y en Laodicea: "Conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, voy a arrojarte de mi boca . Yo reprendo y castigo a todos los que *amo;* sé pues celoso y arrepiéntete".

Aparentemente estamos viviendo en ese terrible "un poco de tiempo" (que se describe en Apoc. 20:3 7ff.), cuando Satanás está suelto, declarando guerra sin cuartel a la iglesia para destruírla, exactamente como antes del día del juicio. Esto quiere decir que la iglesia debe hacer el mayor e incansable esfuerzo por promulgar el Evangelio, hacer las obras de Dios, entretanto que el día dura; la noche viene cuando nadie puede trabajar, Juan 9:14. Sigamos el incesante celo y devoción y el valor indomitable del gran apóstol San Pablo. Quiera Dios que con la mayor confianza podamos decir con él: "He peleado la buena lucha, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está reservada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, el Juez Justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que han amado su manifestación", 2ª Tim. 4:7-8.

Terminaremos con la amonestación y el consuelo que nos concede Jesús: "Vengo en breve, retén lo que tienes, para que nadie tome tu corona", Apoc. 3:11, y su promesa (Apoc. 3:5): "El que venciere será vestido de vestiduras blancas; y no borraré su nombre del libro de la vida, sino que confesaré su nombre delante de mi Padre y delante de sus ángeles".

EL USO DE OBREROS LAICOS EN LA IGLESIA A LA LUZ DE LA DOCTRINA DEL MINISTERIO

Introducción

Para tratar esta doctrina, y el uso de los obreros laicos, es necesario primero recordar que la doctrina del ministerio está basada directamente en la doctrina acerca de la Iglesia Cristiana, y del Sacerdocio Real de Todos los Cristianos. Por eso creo necesario dar un breve resumen (repaso algo rápido) de estas dos

doctrinas, aunque en otra oportunidad se han tratado también. tocando los puntos de ellas que más tienen que ver con nuestro tema. No pretendo dar en esta presentación una vista completa de todas estas doctrinas, ni creo que sea necesario. Sin embargo, estoy seguro de que lo presentado en adelante no se ha desviado de la enseñanza bíblica, y no es contrario a las doctrinas vistas como una entidad con todos sus detalles.

Por eso vamos a seguir la presentación de este tema bajo cuatro puntos principales, que son: I. Observaciones sobre la Doctrina de la Iglesia Cristiana; II. Observaciones sobre la Doctrina del Sacerdocio Real de Todos los Cristianos; III. Observaciones sobre la Doctrina del Santo Ministerio; IV. Observaciones sobre el Papel de Obreros Laicos en este Ministerio.

I. Observaciones sobre la Doctrina de la Iglesia Cristiana

El nombre "Iglesia" viene de la palabra griega *ekklesía*. Hoy día "iglesia" tiene varias significaciones, pero creo que solamente una de ellas es legítima, en vista del uso de esta palabra en el Nuevo Testamento. *Ekklesía* es un término compuesto de preposición y un verbo (*ek* y *kaléoo*) que significan juntos: "llamar aparte" o "llamar con el fin de separar". De esta etimología entendemos que la Iglesia es una agrupación llamada por Dios para separarse de la masa general de los del mundo, para ser un pueblo aparte.

Tal pueblo, en el Antiguo Testamento, era la nación de los judíos. Pero en el A. T. Dios llamó a toda la nación para ser una nación aparte, una gente destinada a servirle a él únicamente. Se denomina con dos palabras sinónimas (*eda* y *cahal*) que significa "congregación" (*synagoogae*) y "asamblea" (*ekklesía*) respectivamente. También los escritores del N. T. escogieron la última de estas dos palabras para denominar el grupo de creyentes en su totalidad, como el término más adecuado de los dos para expresar su carácter como los llamados a ser "creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas" (Efe. 2:10). Pero a las masas del mundo incrédulo, "Dios los entregó a la impureza en las concupiscencias de sus corazones" (Rom. 1:24).

En el A. T. el llamamiento de la nación de los israelitas para ser su "Congregación" y "asamblea", era en forma de una

organización externa, que necesitaba ser regida por Ley. Es muy evidente que la nación como tal no adhirió a Dios por la fe en su salvación. Aún viendo sus maravillosos hechos para su salvación, sin embargo era nada más que un pueblo rebelde. Se quejaba Dios: "¡Oíd cielos! y ¡escucha, oh tierra! porque habla Jehová: Hijos he criado y los he educado; mas ellos se han rebelado contra mí. El buey conoce a su dueño, y el asno el pesebre de su amo; Israel empero no conoce a su Señor; mi pueblo no considera" (Isa. 1:2-3). Por eso los tenía que poner bajo la Ley, para que podrían ser dominados. Pero esto dió lugar a que también los incrédulos fueron nombrados, como el pueblo de Dios, una parte de la congregación. Igual situación encontramos hoy día en la organización de la Iglesia. No todos son creyentes: hay también hipócritas. Por este motivo la nación de Israel no puede ser un tipo de la Iglesia del N. T.; y por la misma razón Dios predijo una Iglesia nueva en el N. T. (Jer. 31:31-34).

Sin embargo, en esta nación escogida, existía la verdadera Iglesia, que no ha dejado de existir desde que Adán y Eva esperaban en la promesa de salvación (Gén. 3:15). Pero consistía solamente de los que verdaderamente creyeron en Dios y confiaban en su misericordia. En otros términos, la Iglesia de todas las edades consta únicamente de tales creyentes en Dios, que esperan su salvación en el Hijo Jesucristo. De aquí en adelante, al mencionar esta Iglesia, debemos entender la palabra en este sentido. Este es el sentido en que el N. T. usa el término, y en ningún otro.

Si bien la nación judía no era el tipo de la Iglesia Cristiana, mucho menos era la Iglesia Cristiana la continuación de la Nación Judía. ¿Qué pues era la Iglesia Cristiana? ERA UNA CREACION NUEVA de Cristo. Esto podemos afirmarlo con toda confianza por las siguientes razones:

1) Cristo dice a Pedro, después de tan bella confesión en cuanto a la persona de Jesús: "Y yo también te digo, que tú eres Pedro, y sobre esta piedra *edificaré mi iglesia*, y los poderes de la muerte prevalecerán contra ella" (Mat. 16:18). Jesucristo declara inequívocamente que la Iglesia es su creación. Además, San Pablo declara lo mismo cuando dice a los ancianos de Efeso que deben pastorear "la iglesia del Señor" (Hech. 20:28). Y dice también de los creyentes: "si alguno está en Cristo, nueva creación es" (2 Cor. 5:19).

2) San Pablo en otra oportunidad dice que fué hecho ministro del "misterio que en otras generaciones no fué dado a conocer a los hijos de los hombres" (Efe. 3:2-7) que la Iglesia tendría que hallar su perfeccionamiento solamente en el N. T. Usa la palabra "misterio" (*mystaerion*), o sea una cosa escondida anteriormente. Además, el conocimiento de la Iglesia tenía que ser por revelación, no por investigación y estudios humanos. Pero fué revelado en el N. T. a los apóstoles, ya que en su forma completa (incluyendo a los gentiles) no existía en el A. T.

3) San Pablo además la llama "el cuerpo de Cristo" (*to sooma tou Christou*) en muchas partes. Por eso Cristo es la Cabeza (Col. 1:18) de la Iglesia. Sin embargo, no llegó a ser la Cabeza hasta que fué exaltado por Dios, después de su Pasión y Resurrección. Como Cuerpo de Cristo, la Iglesia es una entidad espiritual. No es una organización externa, visible. Por eso tenemos que decir de ella: "Yo *creo* .. en la Iglesia Cristiana, la comunión de los santos." Y la explicación de Lutero en el Catecismo corresponde a tal entendimiento de la Iglesia. (Véase también Luc. 17:20-21). Siendo espiritual, como ya hemos dicho, es una Iglesia libre de leyes, ya que la Ley es para una organización externa, tal como la nación de los judíos, que no se puede gobernar únicamente con la gracia, sino solamente por medio de reglamentos. Lo mismo dicen las palabras de San Pablo, (Rom. 14:17; Gál. 5:22-23). De todo lo cual entendemos que lo obrado por el Espíritu en los cristianos (que es, Dios reinando en nosotros, formando su Iglesia y gobernándola) no es resultado de ley, sino de Gracia y Amor divinos.

Por eso Cristo puede hablar a la mujer samaritana del carácter espiritual y nuevo de la Iglesia (Juan 4:21-24). Tal Iglesia o congregación de los que adoran a Dios ha hecho Cristo por su obra redentora. Para los judíos, esto era un asunto tan "misterioso" que no lo podían aceptar. Aun los apóstoles no lo entendieron, hasta que San Pablo, como único defensor de esta verdad, luchó por esta libertad espiritual a favor de sus convertidos gentiles en Antioquía y Jerusalén (Hch. 13 y 15). Tenían que ser convencidos por esta verdad al fin. De manera que fué preservada para nosotros la libertad cristiana, que es, para decirlo así, producto de la Iglesia Espiritual, la Creación Nueva de Cristo en el N. T.

El N. T. habla muy poco de una organización visible o externa de la Iglesia. Tal vez la referencia única al carácter externo de la Iglesia la hallamos en San Mateo 18:19-20. Según estas palabras, una congregación de solamente dos o tres, reunidos en el nombre de Jesucristo (es decir para adorarle y oír su palabra, su revelación) forma una iglesia "organizada". En otras palabras, es toda la organización que la Iglesia, el cuerpo de Cristo, necesita. Por tal motivo, oímos desde el principio que los cristianos se reunieron y congregaron con motivo de adorar a Cristo, perseverando "en la enseñanza de los apóstoles, en la comunión fraternal, en el partimiento del pan y en las oraciones" (Hch. 2:42). Porque es la Palabra de Dios la que alimenta a esta Iglesia espiritual, y es la "una cosa necesaria". Y el hecho de que necesitamos más organización para el buen arreglo y orden de lo externo de nuestra conducta y relaciones mutuas al aumentarse el número de creyentes, y por causa de la fragilidad de nuestra carne, no contradice esta verdad.

A la Iglesia espiritual le fué dado el don del poder de las Llaves, y solamente a ella. Esto nos indica el pronombre "vosotros" empleado por Cristo al conferir este poder (Juan 20:21-23). Este poder, dado a todo creyente, es:

1) el don de predicar el Evangelio, porque los miembros de la iglesia son enviados a lo mismo a que Cristo fué enviado. es decir, a predicar las buenas nuevas a los pobres (Luc. 7:22). Por eso nos manda: "Id y doctrinad " (Mat. 28:19-20).

2) este mensaje del Evangelio tiene dos aspectos, el de juicio y el de buenas nuevas, "a éstos olor de muerte para muerte, y a aquéllos, olor de vida para vida" (2 Cor. 2:16). En la práctica esta predicación toma, como una entre otras, la forma de pronunciar el perdón de pecados sobre los que se arrepienten, y declarar retenido el pecado a los que no se arrepienten de él. En medio de la congregación, su propósito es ayudar los unos a los otros (Heb. 10:24-25). La finalidad del empleo del poder de las Llaves es ayudar a otros a ser libres y mantener su libertad del pecado.

(Entre paréntesis: Como consecuencia de esto, y recordando que a la Iglesia no le han sido dadas leyes y reglamentos, los llamados "grados de admonición" de Mat. 18:15-17 no se deben considerar como un especie de manual para la disciplina

eclesiástica, que es necesario seguir paso a paso en cada caso. Lo que Cristo quiere decirnos es simplemente: No dejes ningún medio sin explotar para ganar a tu hermano. Pero si todo es en vano, entonces "tenle por gentil y publicano". ¿Indicaría el número singular en "tenle" que un particular también tiene derecho de excomulgar? Nuestro entendimiento de Juan 20:21-23 apoya una contestación afirmativa).

Merecen nuestro estudio detallado respecto a esta discusión, los capítulos 12 a 14 de 1 Corintios. En ellos San Pablo explica de una manera magistral lo que hemos tratado de decir en los últimos párrafos. Es de esperar que los lectores estudiarán estos capítulos particularmente con mucha atención. Aquí nos limitaremos a unos comentarios simplemente. Todos, dice el apóstol, han recibido el Espíritu Santo, el cual les dió poder para que pudieran confesar a Cristo como Señor (12:3): este Espíritu da una variedad de dones, a cada uno conforme a su voluntad divina, pero todos "para el bien general" (vv.4-11). Sin embargo, es un solo cuerpo, aunque con muchos miembros, cada uno necesitado de los demás (vv 12-26). Nos amonesta anhelar los dones mayores (vv 27-31); pero el camino que todos en general pueden y deben seguir es el camino del amor, el camino más excelente de todos (cap. 13). Por lo demás, el don de preferencia es el de profecía (¿la predicación?) (cap. 14). La predicación es, por cierto, el privilegio de cada uno (Rom. 10:6-10); porque es un privilegio dado integral e ineludiblemente con su fe en Cristo Jesús. Este privilegio se desarrolla más, y se entiende mejor, al considerar la segunda parte de este estudio.

II. Observaciones sobre la Doctrina del Sacerdocio Real de Todos los Cristianos

La primera y la segunda parte de este estudio dependen la una de la otra. La doctrina del Sacerdocio Real de Todos los Creyentes es la aplicación lógica y práctica de la de la Iglesia Cristiana, tal como la hemos expuesto. Por eso, algunos tal vez la considerarán de menor importancia. Otro podría decir: "La enseñanza de la Biblia tocante a este punto es muy escasa, de tal manera que no puede esta doctrina desempeñar un papel tan importante para el entendimiento de la doctrina del Ministerio." Es verdad que el Sacerdocio Real se trata muy raras veces de

una manera directa en la Escritura. Sin embargo, es de mucha importancia. Así se afirma también en *Doctrina Cristiana* (p. 539): " el oficio del ministro cristiano presupone el sacerdocio espiritual de todos los creyentes". Los pasajes principales que tratan el sacerdocio real son: Exo. 19:5-6; 1 Ped 2:9; y Apoc. 1:6. Pero hay otros pasajes en gran cantidad que tratan esta doctrina indirectamente, porque en realidad ser sacerdote real delante de Dios expresa sucintamente todo lo que tiene que ver con nuestra santificación.

Este sacerdocio fué dado a cada uno que cree, como la redención hecha por Cristo fué para todos, sin distinción. En la Iglesia espiritual, no hay ninguna diferencia, todos tienen la misma herencia espiritual. Puede servir en este sacerdocio varón o mujer, esclavo o libre, judío o gentil. Es el llamado común para ser "ministros de Cristo y dispensadores de los misterios de Dios" (1 Cor. 4:1).

Dios no limita este llamado con ninguna condición. No está limitado a ciertas personas como en el A. T., o como algunos quisieran limitarlo a cierta jerarquía, o por medio de sus confesiones o su práctica. Porque este pensamiento aún puede surgir entre nosotros, vale la pena recalcar este punto continuamente.

Aunque este llamado al sacerdocio general es tan común, es el llamado más significante y glorioso que hay en la vida. No hay puesto ni honra más grande. El Rey Salomón no fué más glorioso que un cristiano hecho rey, por humilde que parezca; ningún soldado puede ser más ilustre que un sacerdote delante de Dios; no hay apóstol o predicador más digno de honra que un simple hijo de Dios, sacerdote y rey. San Pablo indica esto al escribir cómo él prosigue "hacia la meta hasta alcanzar el premio de *la vocación celestial* de Dios en Cristo Jesús" (Fil. 3:12-14). ¿Se refiere San Pablo solamente a su vocación de apóstol cuando menciona "la vocación celestial"? No, porque el premio se lo da a todo llamado, no solamente a los apóstoles. Para alcanzar esta meta, pone su cuerpo "bajo servidumbre" (1 Cor. 9:27). Esta elección es el anhelo de cada hijo de Dios, y es más deseable que ser llamado a cualquier otra vocación en esta vida. No hay obra, profesión, trabajo o vocación que pueda igualar a la de ser hecho un hijo de Dios, un sacerdote y rey delante de Dios y nuestro Padre. ¡Gloriémonos, amados, en esta vocación para que el nombre de Dios sea magnificado!

Para mejor entendimiento de nuestra gloria en ser hechos hijos de Dios y sacerdotes del Nuevo Pacto, podemos mencionar brevemente tres privilegios principales que tenemos como sacerdotes, y otros tres que tenemos como reyes. Los privilegios prefigurados en el A. T. por medio del sacerdocio levítico son:

1) Cada cristiano tiene libre entrada a la presencia de Dios, al Lugar Santísimo, sin la necesidad de mediador más que Jesucristo. No hay por eso un sacerdocio externo, regido por innumerables leyes, como había en el A. T. Cada cristiano se presenta delante de Dios personalmente, sin temor, ya que el velo ha sido rasgado de arriba abajo; porque hemos entendido la misericordia de Dios nuestro Salvador en Cristo Jesús.

2) Cada cristiano ya puede no solamente orar por sí mismo, sino que puede interceder por otros, hermanos cristianos y enemigos igualmente. Si este privilegio se usa muy poco entre nosotros, ¿será porque no lo hemos entendido? A la falta de intercesión de los unos por los otros se deben muchas de las dificultades y contratiempos que nos rodean, nuestra débil fe, nuestra falta de amor mutuo. Pero, ¿qué beneficio más grande podemos hacer para otro que pedir para él todo buen don y toda bendición espiritual de Dios, que da todo? ¡Seamos pues, sacerdotes verdaderos!

3) Cada cristiano tiene el privilegio de proclamar las buenas nuevas a todo el mundo, sin límite alguno por parte de Dios. De esto ya hemos hablado lo suficiente, pero vamos a citar aquí a Lutero al respecto (St. L., V. 1038):

"Tan pronto como nos hacemos cristianos por medio de este Sacerdote y su sacerdocio y mediante la fe nos vestimos de El en el Bautismo, tenemos el derecho y la autoridad de enseñar y confesar la Palabra que hemos recibido de El, delante de todo el mundo, cada uno según su vocación y estado en la vida. Pues aunque no todos estamos en el oficio o vocación ministerial, no obstante, todo cristiano debe enseñar, instruir, exhortar, consolar y reprobar mediante la Palabra de Dios cada vez que sea necesario hacerlo, como un padre o una madre lo hacen con sus hijos y subalternos, y un hermano, vecino, paisano o aldeano con el otro. Pues un cristiano puede instruir y amonestar a otro que ignora o no sabe bien los Diez Mandamientos, el Credo, el Padrenuestro, etc.; y el que asi es enseñado debe recibir la instruc-

ción como si fuera de la Palabra de Dios y confesarla públicamente." (Cf. X, 1590; citado en *Doctrina Cristiana,* pp. 540-541).

Como reyes delante de Dios, tenemos los siguientes privilegios que notar:

1) el privilegio de buscar el bien de otros, como cada buen rey hace a favor de sus súbditos. No sólo lo podemos hacer por la intercesión, sino también por negarnos a nosotros mismos, usando nuestros bienes para otros, nuestros talentos y hasta dando nuestra propia vida. El que hace esto es verdadero rey, libre de la esclavitud a lo material. A esto exhorta el Apóstol en muchos lugares, por ejemplo, Fil. 2:3-4; 1 Cor. 10:24; 2 Cor. 5:15.

2) por predicar el Evangelio el cristiano gobierna todas las cosas. Es muy evidente que por amor del Evangelio Dios todavía deja existir el mundo. En su predicación uno es ganado y otro reprobado por el Espíritu de Dios, para el eterno bien o mal de cada uno. En cada caso, esto afecta la historia del mundo de una manera u otra. Además, por sus hechos puede el cristiano determinar a Dios para que bendiga o juzgue al mundo. ¡Qué responsabilidad, y qué grande privilegio tiene el rey de Dios! ¡Andemos pues avisadamente en esta vida para que el juicio de Dios no venga sobre nosotros a causa de nuestros pecados!

3) como reyes, no tenemos que responder a ningún hombre. Por eso dice San Pablo: "¿Procuro agradar a los hombres? Si todavía estuviese agradando a los hombres, no sería siervo de Cristo" (Gál. 1:10). Son palabras de un rey delante de Dios. Siendo librados de la conciencia que nos atormenta a causa de nuestros pecados, el temor de los hombres, o la actitud servil de querer agradar a todos, no nos puede reducir otra vez a la servidumbre. "El hombre espiritual juzga todas las cosas; mas él no es juzgado de nadie" (1 Cor. 2:15; véase 7:23; Rom. 8:15).

Son grandes estos privilegios que tenemos como miembros de la Iglesia del N. T. Dios ha dotado a sus fieles con tales dones durante toda la historia. En Abraham, por ejemplo, vemos a un rey y sacerdote por excelencia. También lo fué Moisés, aunque fué mediador de la misma Ley que encerró el ejercicio libre de este sacerdocio espiritual en el sacerdocio levítico, "hasta que viniese la simiente a quien fué hecha la promesa" (Gál. 3:19). Los profetas, sin embargo, fueron reyes y sacerdotes delante de

Dios. Lo fué San Pablo y Martín Lutero también. En el A. T. parece que fueron pocos los que podían ejercer libremente estos privilegios, debido a las restricciones de la Ley. Pero, ya habiendo llegado la Simiente, Dios ha derramado su Espíritu plenamente con sus múltiples dones sobre los que confiesan su nombre.

¡Qué maravillosas son tus obras, oh Señor! Aunque todos son dotados con grandes bendiciones espirituales, a pesar de sus muy diferentes condiciones externas, Dios no ha hecho a todos los cristianos según el mismo molde. Hay una variedad de dones, como San Pablo lo explica en dos pasajes clásicos (1 Cor. 12: 4-11; Rom. 12:3-8). Como dones adicionales, Dios añade a cada uno una función especial en todo el cuerpo general. Por el ejercicio de su don, debe cada uno servir a todo el cuerpo, no a sí mismo, con el fin de edificar a todos, que es en realidad el unico fin de la Iglesia. San Pablo expresa esta verdad así: "para el apresto de los santos, para una obra de servicio, para edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, al hombre completo, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo" (Efe. 4:12-13). ¿A qué fin mejor podríamos usar nuestros dones y talentos?

El que *todos los dones* son para el crecimiento y edificación de todos lo debemos tener presente continuamente. Porque de otra manera no podemos evitar contenciones y divisiones entre nosotros. Algunos querrán exaltarse sobre otros, considerando que sus dones son de mayor importancia, o dignos de mayor honor, respeto o recompensa. Si fuera así, todo el Cuerpo de Cristo ha de sufrir (1 Cor. 12:26). ¿Cómo puede suceder esto, si recordamos que ningún don de Dios es insignificante? Lo que el hombre en su imaginación altiva puede considerar insignificante es en la economía de Dios más indispensable (1 Cor. 12:22-25). Al contrario, ejerciendo su don para servicio de los demás, y considerando todos los dones como necesarios para todos, evitaremos una distinción entre los miembros, tal como los términos "clero" y "laico" indican en su uso común.

¿Quién se atreve a arrogar a sí mismo la prerrogativa de decidir cuál de los dones es más importante o digno de más honor? Tal prerrogativa corresponde únicamente a Dios. Pero

nosotros, con nuestra razón humana, solamente podemos juzgar las cosas espirituales según la mentira diabólica, que ha sido desde el principio, no según la verdad. En realidad, es el mismo don que determina el puesto, el honor, y lo indispensable del que tenga el don en la vida de la Iglesia. De nosotros Dios requiere solamente la fidelidad en usar los dones que nos han sido dados. Esto debe hacerlo cada uno como buen mayordomo (1 Cor. 4:2). Si uno recibió el don de gobernar, entonces estará en un puesto de autoridad; si otro tiene el don de administrar los bienes de la congregación, recibirá su honra debida; si otro es dotado con la facultad de ministrar a la necesidad de los pobres, será loado en su obra según su fidelidad en hacerlo. Pero, cada uno debe pensar cuerdamente de sí mismo (Rom. 12:3), es decir, debe considerarse solamente una parte de la congregación, y también necesitado del servicio de los demás. Así podemos guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz (Efe. 4:3), para que todos "produzcan el crecimiento corporal y el desarrollo a sí mismos en el amor" (Efe. 4:16).

¿SABIA UD. QUE...?

¿Sabía Ud. que en 1958, año de su 25 aniversario, La Hora Luterana agregó cinco nuevas lenguas en once nuevos países a su programa transmitido por radio? Con esto ya son 59 las lenguas usadas por la Hora Luterana para irradiar el Evangelio a 68 países del mundo. Las mencionadas nuevas lenguas puestas al servicio de la proclamación del Evangelio por medio de la radio, son las que se hablan en varias partes de Africa, en Tailandia y algunas islas del Pacífico.

¿Sabía Ud. que la antigua ciudad de Cesarea, en la costa de Palestina, construída por Herodes el Grande y llamada en honor del emperador romano César Augusto, es actualmente reconstruída por el gobierno israelita? Fué en la ciudad de Cesarea donde San Pedro bautizó al centurión Cornelio, donde vivía el evangelista Filipo y el apóstol Pablo fué encarcelado dos años antes de ser llevado a Roma.

¿Sabía Ud. que hay más de 23.000.000 de Bautistas en el mundo?

Bosquejos para sermones

XXI. después de Trinidad.

Juan 5:1-9

Jesús el Médico verdadero y milagroso.

I. Necesitamos semejante médico;
II. Jesús nos ofrece su ayuda;
III. Jesús ayuda milagrosamente.

— I —

V. 1 — 3. Incurables, Betesda — última esperanza. Posiblemente habían gastado sus bienes con los médicos. —— El mundo es un valle de lágrimas. Haz una visita a los hospitales. Mas considerada: La mayoría de los enfermos jamás llega a internarse en un hospital. No hay persona físicamente perfecta. — ¡Cuántos niños y jóvenes con anteojos! — Reumáticos — cardíacos — etc. etc. abundan. Y todos tendrán que morir, aun aquellos que trabajan sin interrupción. —— ¿Causa? — El pecado. La enfermedad — penas — miserias — muerte son la consecuencia del pecado. —— V. 3 4. Nuestro país tiene termas famosas. Tampoco negamos progresos de la ciencia médica. Mas no encontrará el remedio contra la muerte. — Solamente Jesús puede curar la enfermedad original. Luc. 4:40. El es Dios. Tiene poder. Mat. 9:3. El adquirió la salvación de este vicio original y principal. (Extenderse) El es el Médico verdadero. Lo necesitamos. Estará dispuesto a servirnos.

— II —

No era accidental que Jesús llegó a Betesda. Inmediatamente se acercó al más desdichado y desechado de todos. Por causa de él había llegado a Betesda. V 6. El amor de Jesús suscitó la confianza del enfermo. Le contó sus penas, V 7. Seguramente Jesús le dijo más. Cf. V 14. En todo vemos el amor del Salvador. —— Todavía él es el mismo Salvador amoroso. Conoce nuestras penas y enfermedades. Sabe que nos desanimamos fácilmente. Nuestra pena llega a su corazón. Cf. Hebr. 4:15. A veces nos hace esperar (38 años). No nos olvida, ni nos rechaza. Siempre tiene intenciones buenas. — Debemos conocer que el

pecado es el mal verdadero y que solamente en Jesús hay ayuda. Quiere que le derramemos nuestro corazón y oremos fervientemente a él. Por eso viene en su Palabra y nos pregunta: ¿Quieres tú sanar de tus pecados que te condenan? En el Evangelio nos revela su corazón amoroso de modo que confiemos: Aquel que vertió su sangre divina por causa de mí, no puede haberme abandonado. Cuando viene su tiempo, me ayudará. Esperaré en él.

— III —

V 8 9. Jesús ayudó al enfermo en forma milagrosa. Con una palabra lo sana. Se levanta y se va con su cama. — Más de un creyente puede dar fe de que Jesús todavía hace milagros. Y ¿cuántos de sus milagros quedan escondidos a nuestros ojos? Aún cuando la ayuda viene por medios naturales, es el poder de Jesús que obra milagrosamente. ¿Por qué los mismos medios no ayudan siempre? —— A veces Jesús ayuda mejor que nosotros esperábamos. El enfermo del Evangelio esperaba que Jesús lo bajara al agua. —— Ante todo Jesús sana la miseria espiritual, V. 14. Quien ha encontrado esta ayuda — seguridad del perdón — paz con Dios — salvación — llevará las debilidades del cuerpo con paciencia. Rom. 8:28. Experimenta diariamente Is. 41:10. Quien confía en Jesús, ayuda final: Vida eterna.

Intr.: Es Dios quien envía enfermedades, y es él quien las aparta. Ex. 15:26; Sal. 41:4. En estos tiempos modernos se rechazan estas verdades. "La ciencia" sabe más que Dios. Y encima se hace propaganda por los milagreros que "saben más que los médicos". —— El cristiano se guía por la Palabra de Dios, aún en la enfermedad. Ningún adelanto de la ciencia puede cambiar la Palabra de Dios. Para el cristiano los sanadores milagrosos son embaucadores. Ante todo, el cristiano jamás ha de buscar a un curandero. Los curanderos son hechiceros. (II. Mand.) Aprendamos la lección del texto.

CTM 1932, Hom. Mag. 1916 Material *A. T. K.*

REFORMA

Deut. 6:10-12.

Mediante la Reforma. Dios libró a su Iglesia de una esclavitud vergonzosa.

— I —

Texto. — Librado de miseria y esclavitud. "No te olvides". Tiranía — Faraón. Trató de exterminar al pueblo, matando a sus hijitos. —— Iglesia bajo tiranía espiritual. Tiranía sobre las conciencias. El Papa de Roma, 2 Tes. 2. Se llama sucesor de San Pedro. Pedro, según él, habría recibido del Señor el sumo poder en la Iglesia. Cf. Mat. 16:18 y Juan 21:15-17. Por eso se llama el Vicario de Cristo. Solamente él puede decir a los cristianos lo que deben creer y cómo deben vivir. Sus decretos deben aceptarse como infalibles. El cristiano que rechaza algún pronunciamiento papal, pierde el alma. El cristiano ni siquiera debe examinar los decretos del Papa. Todo debe aceptarse ciegamente. —— Como supuesto Vicario de Cristo, el Papa de Roma se erige como juez de los gobernantes de los pueblos. Mentirosamente aplica Mat. 16:19. Más de una vez excomulgó a los príncipes y absolvió a los súbditos de su fidelidad para con sus gobernantes. Y el Papa exige obediencia a su decretos bajo amenaza de perder la salvación. —— ¡Qué tiranía más triste! — En la Iglesia hay un solo Señor. Es Cristo. El gobierna a su Iglesia mediante su Palabra. El Papa había quitado la Palabra a la cristiandad. Los cristianos apenas conocían una y otra historia bíblica, y éstas según la explicación del Papa. Solamente la palabra del Papa tenía autoridad. Al final, el Papa era la Iglesia. No se decía: Así dice el Señor; sino: La Igleia enseña, a saber: así dice el Papa de Roma. Quien no aceptaba esta doctrina, murió excomulgado y maldito. — Esclavitud vergonzosa — Los que debieran ser hijos libres de Dios, sujetos solamente a su Redentor en las cosas que tocan su salvación, — sujetados a un pecador. Cf. Lutero XV, 1536; XVI, 946; XVII, 1019.

— II —

Egipto — Israel — esclavitud. Miseria y penas corporales. — Mucho peor la esclavitud espiritual de la Iglesia bajo el papado. El Papa declara que solamente él puede enseñar el camino al cielo. ¿Cuál es el camino que él enseña? —— Según la santa Palabra de Dios el pecador se justifica delante de Dios solamente por la gracia de Dios y los méritos de Cristo mediante la fe. Esta doctrina da toda la gloria de la salvación a Dios y al pecador consuelo seguro contra el pecado y la muerte. —— El Papa,

el supuesto doctor infalible, enseña que el pecador debe merecer el perdón y la salvación por sus propias obras. (Perdón y mérito propio se excluyen mutuamente.) Y la misma "Iglesia" (el Papa) enseña las obras necesarias — peregrinajes — misas — ayunos — penitencias —profesiones, etc. etc. Con éstas ningún cristiano jamás ha de llegar a la seguridad de su salvación. Al contrario, siempre ha de dudar de su salvación. Y el mismo Papa enseña que el cristiano debe dudar de su salvación. —— Hablando de Cristo, no se le presenta como el Redentor, sino como un juez severo que debe reconciliarse mediante la intercesión de los santos, especialmente de la virgen María. En efecto, se ha suplantado al Salvador divino por la criatura. Cf. Lutero II, 1898. El culto a los santos es una abominación contra el I. Mand. — El Bautismo, según el Papa, ya no ayuda a los que pecan después de su bautismo. De la santa Cena ha hecho la abominación de la misa (sacrificio incruento por los vivos y los muertos). Finalmente, en presencia de la muerte, el cristiano todavía debe temer el purgatorio, según la doctrina papal. —— No hay fuente de consuelo. Cuanto más serio el cristiano, tanto más desespera de salvarse. Cf. Lutero I, 219; IV, 951; XI, 343. —— No he de mencionar la corrupción del clero romano, su ignorancia y su avaricia. Hasta con el cielo trafican mediante las indulgencias. (Rifas — tarifas — sotén de los poderes públicos: nacionales, provinciales, municipales etc. etc.) — Demos gracias a Dios, porque él nos libró de esta abominación. Reforma. (Explayarse) démosle gracias, alabémosle, sirvámosle. Anunciemos su gracia. No olvidemos: El Papa no se ha reformado, ni se ha de reformar jamás. Todavía maldice el mensaje de la gracia. (Su llamado a la reunión de las iglesias no tiene otro fin que el dominio absoluto del anticristo.)

Intr.: Para agradecer lo que Dios hizo por medio de la Reforma de Lutero. es necesario que conozcamos la miseria espiritual de la cual Dios libró a su Iglesia. Es necesario que repitamos estas verdades. El romanismo se está esforzando cada vez más por presentar al papado como una bendición desde su comienzo y a la Reforma como una revolución contra una institución santa y perfecta. Hasta trata de reunir a todas las denominaciones cristianas bajo el dominio del Papa de Roma.

A. T. K.

XXII. después de Trinidad.

Luc. 8:27-39.

Jesús el Vencedor de Satanás.

El libra al hombre I. de la posesión corporal;
II. de la posesión espiritual.

— I —

V 27 28. — Mat. 8:28. — Mar. 5:5. — Poder y maldad del Maligno. ¡Cómo atormenta al hombre! Los demonios se poseían de las personas, obligando a s uespíritu a servir sus fines y usando los miembros de su cuerpo como medios para imponer su voluntad. (Fuerza sobrenatural; lenguas extrañas; blasfemias; violencia contra su propio cuerpo. Cf. Eckhardt — Teufel). Cf. Luc. 4:33; Hech. 8:7; Luc. 6·18; Mar. 1:23; 1:34; 3:11. —— ¡Cómo miente el Diablo! V 28 c. — Con gozo aprovecha el permiso de Jesús, V 32 33. Cf. Juan 8:44. Hombres impotentes contra el Diablo. — Jesús es el Vencedor. V 29 33. El mismo Maligno reconoció a Jesús como su Vencedor, V 28, "Hijo del Dios Altísimo". Temía el abismo, V 31. (Admisión de que está bajo el juicio del Señor). Sin permiso de Jesús no puede hacer nada, V 32. —— ¿Por qué Jesús se lo permitió? V 33. ¿Por qué permitió al Maligno que posesionara al hombre? ¿No parece que Jesús no domina enteramente al Maligno? —— No podemos contestar todas las preguntas. Sabemos, que cuando Dios permite al Diablo hacer sus diabluras, el espíritu maligno no puede sino ejecutar la voluntad de Dios, ora para castigo, — de los impíos —: ora para llamar al arrepentimiento; ora para disciplina salutífera de los fieles. —— Para los gadarenos — V. 33 — parte juicio, parte llamamiento al arrepentimiento. Y en el poseído Jesús fué glorificado en cuerpo y alma. ¿Se habría salvado sin esta desgracia? Juan 9:1.

— II —

El poseído había sido sanado. Mas hubo otros poseídos espiritualmente. Estaban bajo el poder de Satanás. Los que apacentaban los cerdos, V 34. No reconocían a Jesús. — Los habitantes, V 35. "Tuvieron temor". No querían permitir el dominio de Jesús. ¡Triste poder de Satanás! — Jesús sanó a los

poseídos espirituales. El poseído creía en Jesús. Antes V. 28; ahora V. 38. Jesús no oyó su pedido. Y él hace la voluntad del Señor. Debe ser misionero del Señor, V. 39. Y Mar. 5:20. — Más que uno ha llegado a la fe en Jesús. — Jesús todavía obra por medio de su Palabra poderosa. Engendra la fe y sana de la posesión espiritual. Señales y milagros jamás harán lo que la Palabra no hace, Luc. 16:31. — Jesús que ha hecho grandes cosas en nosotros (extenderse) quiere que seamos sus misioneros. Seamos fervorosos como el poseído. (Caja misional — déficit; falta de pastores y misioneros.) Sigamos su ejemplo por gratitud. Empleemos bienes temporales y dones espirituales.

Intr.: Muchos niegan la existencia del Diablo. Pero cf. Mat. 4:1; 12:24; Luc. 4:2; 11:14; Juan 8:44; 13:2; 1 Ped 5:8; Sant. 4:7; Hebr. 2:14 15; 1 Juan 3:8; Apoc. 12:9. — El espíritu maligno apostató de Dios — negó obediencia. Con él apostataron muchos ángeles. Y Mat. 25:41. Muchos niegan todo esto y sostienen que los diablos son los hombres malos que tratan de dañar a otros. En el texto vemos la obra del Maligno y al mismo tiempo su Vencedor. Mediante el Espíritu Santo: Tema.

Material: CTM, 1932; Hom. Magazin 1916; Stock, Reallexikon; Eckhardt, Reallexikon. *A. T. K.*

XXIII. después de Trinidad.

Juan 7:1-13.

La desemejanza de la incredulidad.

I. En uno se revela como enemistad abierta contra Cristo;
II. En otro como falsa esperanza mesiánica;
III. En otro como acentuación exclusiva de la humanidad de Cristo;
IV. En otro como temor de confesar a Cristo.

— I —

Los judíos — engañador, V. 12b; Mat. 27:63.64; — hombre peligroso, — Juan 11:50; — blasfemador, Mat. 9:3; — siervo del Maligno, Juan 7:20; 8:48.52. — Trataban de matarlo: Juan 7:1 et al. Confesaban abiertamente su incredulidad y enemistad contra Jesús. —— Todavía muchos que se burlan

abiertamente de Cristo y su salvación. Tratan de destruir la Iglesia. Agnósticos — ateos — bolshevikis — sociedades de impíos. — No permitamos que sus burlas y sus pruebas racionales aparentes confundan o perturben nuestra fe.

— II —

Otros aparentan ser cristianos; pero son incrédulos. Los hermanos de Jesús, V 3 4. Esperaban un Mesías terrenal. No lo reconocían como el Salvador del mundo, V 5. Pues Jesús V 6-8. — Muchos todavía ven en Jesús un rey y mesías temporal. Tratan de edificar su reino con medios terrenales, legislación — Iglesia romana — Calvinistas. (Confunden reino de Cristo y reinos de este mundo.) —— Entre los luteranos se acentúa demasiado los números. Búscase reconocimiento. No hay 80 millones de luteranos como reza la propaganda. En este número se incluyen los sincretistas (Alemania — Escandinavia — Brasil — Argentina — India etc.) El trabajo pastoral callado se menosprecia. Búscase gloria delante del mundo. —— Otros no piensan en Hebr. 12:6-11, sino esperan ayuda inmediata de Jesús. Todo tiene su fuente en la incredulidad y puede quitarnos fácilmente a Cristo y su Evangelio.

— III —

V 12. Ha sanado a muchos enfermos. Es un hombre bueno. — Así actualmente — un hombre excelente — ejemplo perfecto — moralista. Muchos púlpitos, en lugar del Evangelio — moral insípida. — Es incredulidad. Está escondida; pero sumamente peligrosa. Cf. Mat. 19:17. Jesús no solamente hombre piadoso, sino Hijo de Dios. Salvador del mundo. (Extenderse). Conozcámoslo y adorémosle como tal. Cuidémonos también de esta clase de incredulidad.

— IV —

V 13. Temor de los hombres. Viene de la incredulidad. Fe verdadera 2 Cor. 4:13; Hech. 4:20; Mat. 10:33. etc. Temor de confesar a Cristo es incredulidad — pecado que condena. — Examinémonos. Cada uno debe saber, si o no se ha hecho culpable de una u otra clase de incredulidad.

Intr.: Jesús — único Salvador. El decide la suerte eterna de cada uno. El creyente se salva; el incrédulo se pierde. Más

que una vez lo hemos escuchado. Hay diferentes formas de incredulidad. El peligro de caer en la incredulidad está siempre latente. Muchos son incrédulos, aunque piensan que todavía son cristianos. Para prevenirnos, escuchemos el tema: —

CTM, 1932, Hom. Magazin, 1916, Material. *A. T. K.*

PLATICA DE BODAS

Luc. 11:28.

Jesús os habla de la felicidad verdadera.

Oír y guardar la Palabra de Dios. — Pues no es suficiente oírla. Podría entrar por un oído y salir por el otro. Puede sofocarse prontamente — cuidado — afanes — riquezas del mundo. — Debemos guardarla — hacerla — cumplirla. Entonces es simiente fructífera. — Da vida eterna. — ¿Cómo esto es posible? La Palabra no dice solamente lo que debemos hacer, sino lo que Dios ha hecho para nuestra salvación y lo que aún hace. Ofrece y da perdón y vida. Calma la conciencia. Asegura paz con Dios. Vida eterna. ¿No ha de ser feliz quien guarda la Palabra de Dios en su corazón? Feliz en la vida. Feliz en la muerte. — Jóvenes desposados: No olvidéis jamás: texto. La misma Palabra de Jesús os hará felices.

Intr.: Hay muchas prescripciones para poder llevar una vida matrimonial feliz. Casi todas tienen por fundamento las cosas temporales. Hasta la propaganda comercial se mete en esta cuestión. — Ninguna cosa temporal, ni siquiera la atracción física (atractivo de dos jóvenes) puede asegurar la felicidad. La hermosura no ha de perdurar. Para poder ser felices en vuestro matrimonio, debéis escuchar a Jesús, el Salvador divino.

A. T. K.

AVIENTO

Miq. 5:1-5.

El Príncipe de Judá.

I. Su venida humilde;
II. Su procedencia eterna.

— I —

V 2. — pocos km. de Jerusalén — demasiado pequeña

para ser contada entre las ciudades de Judea. De este pueblito saldría el Príncipe, el Caudillo, el Mesías. — Vendría en una hora triste. El pueblo dominado por el enemigo. Cf. Gén. 49:10. ¿Qué clase de Príncipe será él? — La profecía se cumplió. Una virgen dió a luz en un establo de Bet-lehem. Ella y su prometido eran de la casa de David (pues de la estirpe de Judá). El Niño era apenas el vástago de una raíz de la casa poderosa de antaño. Tampoco crecía en tierra fértil. El pueblo de Dios dominado por los gentiles. —— Venida humildísima. Nadie se ocupaba de él. Nació en un establo. En la ciudad capital no sabían nada del nacimiento del Príncipe. Cuando lo supieron, se llenaron de temores. — Toda su vida era humilde. "Hijo de carpintero". No tenía, donde acostar su cabeza. Sus discípulos eran gente humildísima (pescadores — publicanos). Finalmente su pueblo lo desechó: "¡Crucifícale! ¡Crucifícale!" —— Príncipe pobre. La mayoria lo trata con desprecio. Su reino se edifica en secreto. — La gente tiene otras cosas que hacer. Y ¿quiénes son sus adherentes? ¿Los poderosos — ricos — sabios? 1 Cor. 1:26-29. El Evangelio es despreciado. Insensatez. Los mensajeros del Príncipe son tratados como pordioseros. Dondequiera uno mira, — humildad. Is. 53.

— II —

V. 2 b. Caudillo — gran señor — mayor que David. Hijo de David; pero Señor de David. Rey — "hasta los fines de la tierra". Caudillo dondequiera se oye la voz humana. Jamás hubo ni habrá otro caudillo igual. —— V 2 c. No significa: Ya se sabía en tiempos pasados que el Caudillo vendría, aunque también esto es cierto. Se lo sabía en el Paraíso después de la caída. Los patriarcas, Moisés, los profetas los sabían. Todo esto es prueba de que no hay otro rey como éste. —— Pero el profeta habla de la eternidad de este Caudillo. Nació verdadero hombre, es cierto, pero su procedencia es de la eternidad. Juan 1:1-5. Cf. Sal. 90:1. El Dios eterno se hace hombre. El Caudillo es Emmanuel, Dios con nosotros. Por eso el cielo se conmovió en su nacimiento, aunque los hombres no lo recibieron. — Nuestra confesión: "Creo que Jesucristo", etc. La razón humana rechaza la verdad de que el Eterno se hizo un Niño débil y que se entregó en las manos de sus enemigos para morir en el madero de la maldición. No acepta la verdad de la eternidad del Caudi-

llo. —— ¡Qué nadie nos quite la fe en Jesús, el eterno Dios! Perdiéndola, ya no tenemos un Salvador. Fiémonos en la Palabra de Dios. Esta no nos engañará. ¿Acaso Dios no puede hacer más que la razón humana comprende? Este Caudillo es nuestro Salvador. II. Art. Por eso debía ser el Dios — Hombre. (Extenderse, Cf. Catecismo, preg. 137 138.)

Intr.: "Tu Rey viene a ti". Consuelo para los cansados y agobiados. Recibamos a nuestro Rey con alabanzas y pongámonos a su servicio. ¿Cómo hemos de llegar a alabarlo y de servirle en nuestra vida? Estudiando la Palabra y conociendo a este Rey. Os presentaré hoy una profecía y la compararemos con el cumplimiento. Profecía — Miqueas — de uno que debía nacer en Bet-lehem. Caudillo de su pueblo — hasta los fines del siglo — Mesías.

Material, Hom. Magazin, 1916. *A. T. K.*

ADVIENTO

Miq. 5:1-5.

El Reino del Príncipe de Judá.

I. Es un reino espiritual;
II. Es un reino adquirido por él.

— I —

¿Acaso el reino del Príncipe de Judá figura en algún mapa? "Caudillo de Israel". — Esto no se refiere al pueblo que solía habitar Palestina — no los judíos desparramados por todo el mundo. El Príncipe es Jesús. Nunca fué rey temporal. Los judíos lo desecharon. Cf. también Juan 6:15 sig. —— Israel espiritual — escogidos de Dios — la comunión de los santos — la santa Iglesia cristiana es su reino. Todos los creyentes — ciudadanos del reino. Reino sin límites. V. 4. Dondequiera haya un creyente, allí está su reino. Luc. 17:20. Reino invisible. — El Rey no necesita soldados ni leyes. Gobierna por medio del Evangelio. Dondequiera se oye el Evangelio, allí gobierna el Rey — omnipotencia — gracia. Aunque el mundo ni siquiera se ocupa de este reino, sin embargo, es el reino más poderoso en el mundo El mundo mismo sigue existiendo por causa de este reino, a fin de que se extienda y se complete. Quieran o no, hasta los poderosos de la tierra deben servir a este reino.

— II —

El Rey no encontró a su reino ya establecido. El lo adquirió y lo fundó. Salvó a sus súbditos de las manos de enemigos terribles, V 3. Jesús nació en días tristes (extenderse). — Israel — enemigos — poder irrompible. — Súbditos del Caudillo bajo el poder de enemigos mucho más poderosos y terribles. Pecado, muerte, Satanás. Nadie podía salvarse. Satanás el señor del mundo. Himno 242,2. — Vino Jesús para establecer su reino. Salvó a su pueblo de sus pecados. Vino en humildad. Vida santa. Adquirió justicia. Llevó culpa — castigo. Murió como Substituto. Así venció el poder de Satanás. II. Art. —— Es cierto: El Rey murió. Pero V 4. Venció. Gloriosa resurrección. Victorioso, subió al cielo. Gobierna, V 4. Y V 3 b. — Judíos — mayoría —: "No queremos que éste gobierne sobre nosotros". Así antaño — lo mismo hogaño. Un pequeño resto se vuelve. Cf. Igl. apostólica. Hasta los fines de la tierra todos los pueblos, naciones, lenguas, — por todas partes el Rey busca y encuentra sus súbditos. — Es el Rey que agrega sus súbditos a su reino. Gana los corazones por medio del Evangelio. —— Todos los hombres redimidos. Pero III. Art. El Evangelio, el mensaje del Rey, engendra la fe. Da lo que ofrece. Ilumina el corazón. Hasta las guerras de los poderosos de la tierra deben ayudar a fin de que el Rey encuentre a los suyos y extienda su reino. — ¿Eres tú ciudadano del reino? No basta con decir: ¡Señor! ¡Señor! Oír la Palabra exteriormente, no es suficiente. El Rey debe habitar en tu corazón. Fe, confianza.

Intr.: Profecía — Miqueas (Domingo pasado) — de Cristo, Rey — Salvador. Rey humilde. Pero eterno. Glorioso Dios. No hay rey igual. — El Reino de este Rey es maravilloso. El profeta nos habla de este Reino.

Material, Hom. Magazin, 1916. *A. T. K.*

ADVIENTO

Miq. 5:1-5.

Las bendiciones del Reino del Príncipe de Judá.

I. El Príncipe pastoreará su rebaño;
II. El rebaño habitará seguro.

— I —

El Príncipe de Judá gobierna su reino — creyentes — Iglesia. ¿Cómo? V 4. Es Pastor — no un tirano. No busca su propio provecho, desangrando al pueblo con el fin de que él pueda satisfacer todos sus gustos. Este Pastor conoce a los suyos. Los tiene grabados en sus manos. Conoce sus penas — necesidades, — cuidados, — angustias, Los reconoce como suyos y los guarda como la niña de su ojo. —— El Pastor pastorea — cuida a su rebaño. Provee pastos verdes y agua en abundancia. El Príncipe de Judá provee todas las necesidades de su pueblo. No promete riquezas o abundancia. Posiblemente los suyos tienen menos que los impíos. Mas no los dejará, ni los desamparará. Cf. Mat. 6:33. Pues el creyente Sal. 55:22. — Pastorea en lo espiritual. Quiere salvar a los suyos. Sal. 23. Lo hace en "la potencia de Jehová". No es un hombre débil. Es Dios. "En la majestad del nombre de Jehová". — El "nombre de Jehová" — Palabra — Evangelio — mensaje de la obra redentora del Príncipe. Evangelio — pradera verde — fuente de agua viva — consuelo, V 5. Vida eterna. — Con gozo el rebaño le sigue. Penas y contiendas y tentaciones se vencen bajo la guía del Pastor.

— II —

V 4 c. Sí, todavía hay enemigos y peligros. Los ciudadanos del Reino tienen muchos enemigos. En su congoja no saben qué hacer. Solamente el poder y la gracia del Príncipe los sostiene. — El poder de Satanás (león rugiente — aprovechar) — doctrina falsa — vida impía. VI. Petición. Impíos incitan. Revistas inmorales — bailes inmorales — teatro inmoral. La carne llena de codicias. Fácilmente tropiezan y caen. Muchos niegan al Señor. ¿Acaso habitamos seguros? — La palabra del profeta cierta. No confiamos propio poder — piedad — fidelidad. Poder — Príncipe. Sal. 23. Estando él con nosotros, ¿qué temeremos? El Príncipe nos promete que ni las puertas del infierno prevalecerán contra los suyos. Nadie los quitará de sus manos. Is. 43:1; 49:15. Es definitivo, V 4. El venció a los enemigos. Ahora 1 Cor. 10:13. Tan seguros habitan los ciudadanos del Reino. Himno 30:2. — V 4 d. Ahora Sal. 2. Desprecio del Reino y del Príncipe. Sigilosamente el Reino se extiende. Repentinamente: gloria. Todo el mundo doblará la rodilla, Fil. 2:10.

Ira y poder experimentarán los enemigos: gracia y luz los fieles. Himno 32. — Príncipe glorioso. Alegrémonos. Celebrémosle al pie de su altar. Himno 31:2.

Intr.: Príncipe — Bet-lehem — Cristo — Salvador. Humilde; pero Dios eterno. Príncipe — adquirió — estableció — conquistó Reino. Creyentes ciudadanos. Mundo los desprecia. En realidad debe envidiarlos. ¡Alegraos! Fil. 4:4. El profeta todavía nos habla. Nos dice: Tema.

Material, Hom. Magazin, 1916 *A. T. K.*

NOCHE BUENA

El Arbol de Navidad

I. Nos habla de la luz que es el Niño Jesús;
II. Del don de Dios que es el Niño Jesús;
III. De la vida que tenemos en el Niño Jesús.

— I —

Las luces del árbol — reflejo débil de la luz que se esparció sobre el mundo en el nacimiento del Niño Jesús. Jesús — Luz del mundo. Is. 60:1; Juan 1:5. Jesús: "Yo soy la luz del mundo." — Esta luz debía alumbrar al mundo. Antes tinieblas. Pecado. Consecuencia — tinieblas eternas. Para salvar al mundo de las tinieblas, Dios envió la luz en su propio Hijo. Cuando el ángel apareció sobre el campo de Bet-lehem en la gloria del cielo, la luz había aparecido. Y el árbol de Navidad con sus luces nos habla precisamente de esta Luz que es el Niño Jesús.

— II —

El árbol — adornado. Los adornos significan algo. Deben hacernos pensar en el don de Dios que tenemos en el Niño Jesús. Juan 3:16. Dios envió a su Hijo como Redentor y Salvador. "Redención por su sangre", 2 Cor. 5:21. — Necesitamos al Salvador. Por el pecado perdimos la vida, el cielo. No nos esperaba sino castigo. Por eso Dios nos dió este don para librarnos del pecado y de la mano del Maligno. Este don es para todos los pecadores. Y el árbol con sus adornos nos habla de este don maravilloso.

— III —

El árbol con su hermoso color verde nos habla de vida

(esperanza). En el árbol debemos recordar la vida que se nos apareció en Jesús. — S. Juan: "Este es el verdadero Dios y la vida eterna". Pedro: "Matásteis al Autor de la vida". Jesús: "Yo soy la vida". Jesús — Fuente de la vida. Creyendo en él — tenemos la vida eterna. Perdimos la vida por el pecado. Pero —Jesús nos la adquirió nuevamente. El árbol con su color verde nos recuerda esta verdad. En el Niño Jesús tenemos vida.

Intr.: — Aún los viejos nos alegramos al ver al árbol de Navidad. ¿Qué significado tiene el árbol adornado con luces y toda clase de lindos adornos? (Puede mencionarse que en tiempos pasados y aún en el presente suelen adornar el árbol con los regalos que los miembros de la familia se hacen mutuamente.) Todo esto nos habla de algo más importante. — Ya el nombre "árbol de Navidad" indica que se trata de significar algo importante.

Material, Hom. Magazin, 1916. *A. T. K.*

NAVIDAD

Luc. 2:1-14.

El pesebre de Bet-lehem.

I. El Señor acostado en el pesebre;
II. Los siervos que rodean al pesebre.

— I —

V. 7. Humildad — probreza — andrajos — establo — pesebre — paja — heno. Pero V. 4. Linaje real. La madre 1:27. El ángel 1.30-33; porque 1:35. Hijo de Dios — Dios de Dios — Dios con nosotros —: ¿cómo? ¿Dios acostado en el pesebre? ¿Dios un niñito? ¿El Señor envuelto en harapos? ¿Dios verdadero hombre? —— ¡Milagro de milagros! Dios un niño. Escucha: V. 8-10. El ángel: "El Señor"; el Niño es Jehová, Dios eterno. El ángel sabía. Siempre en presencia del Señor. "Cristo — Salvador" — el Unigénito de Dios el Ungido de Dios para salvar — adquirir perdón — abrir el cielo. —— Ven al pesebre. Tu Dios fué hecho un niño. Duramente está acostado para hacerte hijo de Dios. El yace en un establo para abrirte los portales del cielo glorioso. Por eso V. 10 y V. 14. — "Os ha nacido": — para ti — tu Salvador — tu Señor — tu Cristo. Himno 29:2.

— II —

V 1-3. César Augusto, — Cirenio — gobernantes poderosos. ¿Servían al Niño? Involuntariamente. Su edicto debía hacer que la virgen madre llegase a Bet-lehem a fin de que su hijito naciera en este pueblo y en las condiciones y a la hora que Dios había decretado. — José, Mat. 1:18 sig. A madre y Niño prestó sumo cuidado. — María — 1:38 46 sig. —— Otros: huestes celestiales. Alboroto en el cielo. Con un arcángel a la cabeza, los ángeles bajan a la tierra. Los heraldos celestiales no conocen gozo mayor que el de glorificar al Niño. V 14. — — ¿Y tú? Por la gracia divina tú puedes presentarte delante del pesebre. ¿Qué clase de siervo eres? ¿Desafecto? — ¿Indiferente? — ¿Descuidado? — Tú mismo tendrías el daño. No te substraerás de su régimen. Fil. 2:9 10; Ef. 1:21 24. Los enemigos Luc. 19:27. —— No te avergüences del Niño. Echa sobre él la carga de tu pecado. Acepta perdón. vida, cielo. Himno 41:4 et al.

Intr.: Epístola IV. Dom. de Adviento, Fil. 4:4 5. Hoy el mismo apóstol: Tito 2:11. El ángel: Luc. 2:10 11. Himno 42:1. — En espíritu nos presentamos ante el Niño. ¿Dónde? Bet-lehem. Luc. 2:12. De este pesebre brilla la luz del mundo. Ante el pesebre empieza el Nuevo Pacto. El pesebre es el centro de la historia de la Navidad.

Material: Hom. Magazin, 1916. *A. T. K.*

AÑO NUEVO

Sal. 136:1.

El cristiano observa el Año Nuevo.

I. Dando gracias a Dios por su bondad en el pasado;
II. Confiando en la misericordia de Dios en el futuro.

— I —

V 1. — Creación — conducción de Israel de Egipto, dividiendo el Mar Rojo a fin de que su pueblo pasara, mientras arrolló a Faraón y su ejército. El pueblo tenía causas para dar gracias a Dios. — Nosotros experimentamos bondad de Dios — en lo material y en lo espiritual. — I. Art. Hech. 14:17. Aunque el uno y el otro sufría penas y aflicción, al final éstas eran una bendición. — En lo espiritual. (Explayar: Evangelio

— fe — consuelo — cultos regulares — Palabras y Sacramentos puros — libertad de culto — ninguna persecución.) Los incrédulos atribuyen todos sus éxitos a su trabajo — sagacidad — constancia propia. — A veces los fieles se olvidan de dar gracias a Dios. Olvidan Sal. 127. — No merecemos los bienes. Sin embargo, muchos se portan como si fuiesen dueños de los bienes que Dios les da. Los usan para su provecho propio. Tratan a la congregación cristiana como si fuera una pordiosera. Menosprecian el ministerio sagrado. Malgastan bienes temporales, — lujos — bebida — Luc. 21:34. — ¿Qué sería de nosotros, si Dios nos aplicara sus Mandamientos en todo su rigor? — ¿Acaso tú aprovechaste los precios inestables para enriquecerte ilegalmente? Si Dios en este momento desnudara nuestro corazón, ¿acaso le contestaríamos una en mil preguntas? 'No entres en juicio con tu siervo". — Dios nos ha bendecido. Es su gracia y su bondad. (extenderse)

— II —

Miremos adelante. Todo envuelto en tinieblas. Nadie puede decirnos qué vendrá en el futuro. Nadie sabe si alcanzará el fin del año. Sal. 90:3. — Si alcanzaremos el fin del año, ¿Quién podrá decirnos ahora lo que nos esperará en el curso del año? (Cruz — aflicción — temor — penas — enfermedad — todo nos podrá tocar.) — Pero texto V. 1 b. Seguridad. Cf. Sal. 37:25; 55:33; 112:6; Prov. 11:8.9; Sal. 9:11; Hebr. 13:5; Mat. 28:25. —— Promesas seguras. Dios todopoderoso y misericordioso. 1 Sam. 15:29 (Núm. 23:19). — Con confianza comenzamos el Año Nuevo. Padre — Proveedor — Protector — Salvador — Santificador — Buen Pastor. Ex. 34:6 (Neh. 9:17; Sal. 86:12; 103:8; 145:8; Joel 2:13). — Venga lo que quiera, texto. — Fe en él — paz — consuelo — esperanza — vida — gloria.

Intr.: 1 Crón. 29:15; Hebr. 13:14. Estamos fuera de nuestra patria verdadera. Lo que ahora nos rodea ha de pasar como una nube. Aunque llegásemos a la edad de 70 ó 80 años, siempre seremos huéspedes, peregrinos, forasteros. Y la vida pasa como si volara. Repentinamente está el fin. — Año Nuevo. Estación importante. Hacemos bien en considerar el camino recorrido y el camino que todavía nos espera.

Material, Hom. Magazin, 1916. *A. T. K*

PLATICA DE BODAS

Rom. 12:12.

"Regocijados en la esperanza". No la esperanza de enriqueceros y de ver cumplidos todos vuestros deseos terrenales. — Es la esperanza que Jesús nos adquirió mediante su santa y preciosa sangre y su inocente muerte en la Cruz. Es la esperanza que el Espíritu Santo nos dió al iluminarnos con sus dones, de modo que ahora conocemos a nuestro Redentor, nos consolamos y esperamos en él. 1 Ped. 1:3 4. En esta esperanza debéis regocijaros. — Podéis gozaros el uno en el otro, gozar vuestra juventud, salud, fuerzas, posesiones. Mas no olvidéis: Todo esto pasará. Podéis gozar estas cosas verdaderamente si tenéis la esperanza de la vida eterna. — Dad gracias a Dios por la esperanza de la vida eterna en Cristo.

— II —

"Sufridos en la tribulación". — ¿Por qué hablar de esto en el día de las bodas? — Valle de lágrimas. Nadie se salvará de las tribulaciones. Vosotros tampoco. Menos si os regocijáis realmente en la esperanza. "Mucha tribulación". — Cuando viene, sed pacientes — sufridos. No os rebeléis contra Dios. Recordad vuestra pecaminosidad. Merecéis todo y aún mucho más. — No desesperéis. Creyendo en Jesús-hijos de Dios. El Padre celestial corrige a sus hijos. Mediante esta corrección los preserva en el camino al hogar celestial. Pensad en vuestra esperanza. Así seréis pacientes.

— III —

"Perseverantes en la oración". Cristianos oran. Deben orar. El hijo siempre tiene algo que decir a su padre. Mediante la oración apoyáis la cabeza sobre el pecho del Padre celestial. Decidle todo. Agradecedle — pedid consuelo y fuerzas. Pedid su bendición. Estableced inmediatamente el altar hogareño. Dios quiere vuestra felicidad. Pues texto.

Intr.: Texto — contrayentes cristianos, guiándoos por la instrucción del texto, seréis felices. Dios instituyó el santo matrimonio. El os dice: "Sed" etc.

A. T. K.

La "REVISTA TEOLÓGICA" aparece trimestralmente al precio de 25.– pesos argentinos o un dólar U.S.A. por año. Las suscripciones y los pagos serán recibidos en la Argentina por el administrador de la revista Rev. S. H. Beckmann, M. Combet 46, Villa Ballester, F. C. Mitre, en Estados Unidos por el Rev. Dr. H. A. Mayer, 210 North Broadway, St. Louis 2, Mo. U.S.A.

